THE LIBRARY OF
CONGRESS
SERIAL RECORD
MAR 22 1948

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLIII — San José, Costa Rica — 1947 — Sábado 6 de Diciembre — No. 13

Año XXVIII — No. 1040

Perfil Biográfico del Prócer de la Independencia FRANCISCO ANTONIO ZEA

Por *Manuel Chaves Nogales.*

(*Envío del autor.* En Londres y en agosto de 1942...)

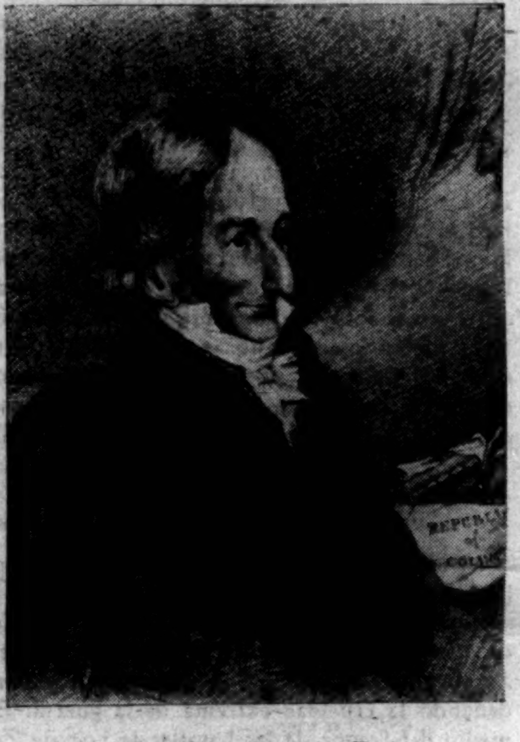
Este muchachito pálido, de perfil afilado y ojos como brasas ha sido severamente educado por los Padres del seminario de Popayán que han hecho de él, a los quince años, un latinista consumado, un dómine adolescente, un sabio precoz cuyo casaquín negro de profesor oculta difícilmente el tumultuoso fervor de su alma juvenil. Francisco Antonio Zea es a los veinte años el legítimo orgullo y la gran esperanza de Nueva Granada, una de las promesas más firmes de aquella nueva generación intelectual de Santa Fé formada espiritualmente en la biblioteca de San Carlos que había de producir bajo la égida del sabio Mutis el florecimiento cultural de la Expedición Botánica que maravilló a Humboldt y que había de preparar a fuerza de tesón y de sacrificios el advenimiento de la Independencia.

Mientras los muchachos de su edad se apedrean en bandadas por el Camellón de los Carneros y los callejones de Santa Cruz o cortejan a las mozas en la Plaza Mayor junto al Mono de la Pila, el profesorcito antioqueño encerrado en su celda del colegio de San Bartolomé estudia a los clásicos, aprende en Esparta y Atenas el ejercicio de las virtudes cívicas y cultiva las ciencias naturales, la nueva filosofía. El virrey Ezpeleta, maravillado de su saber ha hecho preceptor de sus hijos a este muchacho imberbe.

A través del cuadro angosto de la ventanita de su celda el niño sabio contempla el panorama del mundo que se abre ante sus ojos curiosos de naturalista y sus sueños ambiciosos de adolescente. Cuando alza la cabeza de los infolios, Francisco Antonio mira más allá de las veredas que reptan por los cerros donde pastan las vacadas, traspasa con los ojos del espíritu el vaho que se alza de los potreros envolviendo la Sabana en cendales de neblina y ve alzarse en su imaginación las maravillosas ciudades del viejo mundo cuya cultura absorbe ávidamente. Atenas, Roma, Córdoba, París, Londres...

Cerca, la ciudad acompaña su vigilia estudiosa con el tañido lento de las campanas de la catedral, las canciones quejumbrosas del retorno con dejos guatecanos y bambucos, el batir monótono de la lluvia sobre el parche de cuero del terajoz que cubre las ventanas saledizas y las galerías voleadas de las casonas coloniales y el estrépito de la carroza del obispo que pasa saltando sobre los guijarros del empedrado.

Esta calma solemne de la ciudad dormida oculta sin embargo una corriente subterránea de inquietud espiritual. Hasta aquel rincón del mundo va llegando, agrandado por la distancia, el eco de los acontecimientos políticos de Europa. Ocultas en las bodegas de los barcos entre los fardos de los mercaderes llegan hasta la juventud estudiosa de Santa Fé, primero las obras de los enciclopedistas y luego las proclamas de la revolución francesa. Las tertulias literarias, la del *Buen gusto* y la *Tertulia Eutrapélica* son un hervidero de las nuevas ideas. Pero, más que ninguna, la tertulia de don Antonio Nariño, el dueño de



Francisco Antonio Zea

la Imprenta Patriótica, se ha convertido en un verdadero club político y el joven Zea se destaca pronto como uno de sus más entusiastas adeptos. La noble rebeldía contra la injusticia y la tiranía prende fácilmente en su espíritu fogoso. Francisco Antonio Zea siendo casi un niño, ha visto las horcas alzadas en la Plaza Mayor para colgar a los ciudadanos que protestaban contra las exacciones de los Visitadores. Ha presenciado las constantes querellas de criollos y chapetones y se deja arrastrar por la pasión política con todo el ímpetu de su alma. En el papel periódico de Santa Fé ha escrito un día: "Si la vida de un oscuro ciudadano fuera precio bastante, yo me sacrificaría por ver a la juventud respirando humanidad y patriotismo, ilustrada y feliz".

LA PARABOLA DEL PATRIOTA

Clandestinamente, burlando las pesquisas de la Inquisición llega un día a Santa Fé una proclama maravillosa: la Delaración de los Derechos del Hombre. Nariño auxiliado por Zea y otros patriota decide traducir, imprimir y publicar esta Carta Magna de la Revolución. Una noche de verano los conjurados colocan su pasquín revolucionario en las esquinas de la ciudad. El virrey Ezpeleta quiere hacer un terrible escarmiento. Nariño es perseguido y sus bienes son confiscados. El terrible calvario de los patriotas comienza.

El virrey ha encontrado el nombre del preceptor de sus hijos en la lista de los conjurados. ¡A la cárcel también con el profesorcito! La Inquisición pone su garra en el proceso y Francisco Antonio Zea es condenado a la deportación y enviado a la prisión de La Carraca en España. ¡Adiós la gloria del sabio adolescente! Nariño condenado a diez años de presidio en Africa consigue escapar y llega a Europa con la esperanza de ganar la voluntad de Pitt y de interesar a las naciones civilizadas en la triste suerte de Nueva Granada. Francisco Antonio Zea pasa dos años preso en Cádiz. Su raro talento y su prestigio científico le abren al fin las puertas de la prisión y la monarquía española que tan duramente le ha castigado termina enviándole pensionado a París, para que continúe sus estudios.

Vuelve a España y hace una brillante carrera como escritor y hombre de ciencia. Llega a ser director del Jardín Botánico de Madrid y al producirse la invasión napoleónica toma el partido de los afrancesados pensando que la victoria de Bonaparte favorecerá la causa de la independencia americana. Durante la invasión francesa ocupa los más altos puestos; es miembro de la Junta de Bayona que redacta la constitución, prefecto de Málaga y Ministro del Interior.

Cuando los franceses tienen que salir de España, Zea se traslada a Londres y se pone en contacto con los patriotas americanos emigrados. En 1815 sale de Gran Bretaña con rumbo a Jamaica donde se encuentra con Bolívar, de quien va a convertirse en el más ferviente defensor. La unión de estos dos hombres es providencial. Estrechamente unidos, absolutamente identificados, el uno con la espada, el otro con la pluma, luchan sin descanso por el triunfo de sus grandiosos ideales. La concepción genial de la Gran Colombia se hace carne en ellos, venezolano el uno, granadino el otro.

Zea, manteniendo siempre su dignidad de hombre civil, de intelectual puro, sostiene la empresa guerrera de Bolívar, tomando parte en la expedición de Los Cayos como Intendente General del Ejército. Asiste al abordaje de la fragata *El Intrépido* y sigue por doquiera la huella de Bolívar. En la isla Margarita es el verbo inflamado de Zea lo que arrastra a la Junta de Oficiales a aceptar la jefatura suprema de Bolívar. Acompaña a la expedición de "los seiscientos" convirtiéndose en el consejero de sus jefes y cuando llegan a Gurana los voluntarios británicos que van a luchar por la causa de la independencia, es también el verbo inflamado de Zea el que los arenga.

LA CASACA DEL PROFESOR Y EL UNIFORME DEL GENERAL

Estamos en la ciudad de Santo Tomás de Angostura, a quince días del mes de febrero del año del Señor de 1819. Los diputados de la nación se reunen convocados por el jefe supremo de la República de Venezuela para la instalación del Soberano Congreso Nacional.

Son las once de la mañana. Tres salvas de artillería anuncian que el Libertador, a la cabeza del brillante cortejo de los generales, jefes y oficiales que con su heroísmo han roto las cadenas de la patria, se dirige al palacio de Gobierno donde se hallan reunidos los veintiséis representantes de la nación, entre ellos Zea, diputado por Caracas. Recibido a la puerta del edificio por los diputados, Simón Bolívar pasa a sentarse bajo el solio nacional. Sus palabras resuenan claras y precisas... "Legisladores: Yo deposito en vuestras manos el mando supremo..." Su discurso, acaso la pieza oratoria más ponderada y preñada de ideas que ha dejado el Libertador, es escuchado con religioso silencio. Bolívar hace historia de las vicisitudes de la República, muestra el ejemplo de las grandes naciones de la historia e invita a los legisladores a seguirlo. La futura constitución de la Gran Colombia va adquiriendo forma precisa en el verbo inspirado del Libertador. Al final, empuñando su espada, dice: "El Congreso de Venezuela está instalado. En él reside desde este momento la soberanía nacional. Mi espada y las de mis compañeros de armas están siempre prontas a sostener su augusta autoridad".

El congreso procede a la elección de Presidente y por aclamación es designado Francisco Antonio Zea, aquel niño sabio del seminario de Popayán, aquel profesorcito de Santa Fé, el intelectual puro, el hombre civil representativo, el ciudadano ejemplar, el escritor que en *El correo del Orinoco* ha dado su verdadero sentido al congreso de Angostura y ha infundido a la opinión popular el sentimiento de la ciudadanía.

Bolívar toma juramento a Zea sobre los Evangelios y le conduce bajo el solio nacional donde queda entronizada la austera casaca negra del profesor, que sustituye al brillante uniforme del militar. Luego dirigiéndose a los generales, jefes y oficiales, les dice: "No somos más que simples ciudadanos hasta que el Congreso soberano se digne emplearnos en la clase y grados que a bien tenga". Se acerca a don Francisco Antonio Zea y presentándole su bastón de general agrega: "Devuelvo a la República el bastón de general que me confió para servirla. Cualquier grado o clase que el Congreso me destine, es para mí honroso".

Zea habla luego y sus palabras tienen una augusta serenidad de siglos: "Cuando nuestras instituciones —dice— hayan recibido la sanción del tiempo, cuando todo lo débil y todo lo pequeño de nuestra edad, las pasiones, los intereses y las vanidades hayan desaparecido y sólo queden los grandes hechos y los grandes hombres, entonces se hará a la abdicación del general Bolívar toda la justicia que merece y su nombre será pronunciado con orgullo en Venezuela y en el mundo con veneración".

Entonces se entabla un pugilato de generosidad entre el caudillo y el sabio sobre quién debe conservar el poder y la autoridad. Zea quiere que Bolívar siga siendo, a toda costa, el jefe del Estado.

"No, no —exclama Bolívar en un arrebato de sinceridad heroica—; la libertad corre peligro cuando un solo hombre conserva la primera autoridad durante mucho tiempo. Hay que precaverse contra la miras de cualquier ambicioso. Contra mi misma ambición si es preciso porque no tengo ninguna seguridad de pensar y obrar siempre del mismo modo. He renunciado a la autoridad para asegurar a la patria los beneficios de la libertad".

EL GESTO DEL PROCER AMERICANO EN EUROPA

Pocas semanas después Bolívar emprende la liberación de Nueva Granada y obtiene la victoria de Boyacá. Francisco Antonio Zea da una nueva prueba de su valor cívico desaprobando la ejecución de prisioneros y condenando la crueldad extrema de la guerra. En medio del fragor de las batallas la voz de Zea es siempre la voz de la razón, de la humanidad, de la justicia y el derecho. La voz de la más alta ciudadanía.

Bolívar sabe que nadie puede representar mejor que el prócer antioqueño el verdadero espíritu de la República ante el mundo civilizado y decide enviarle investido de los más altos poderes que se han concedido nunca a un hombre civil para que negocie el reconocimiento de la Gran Colombia por las cortes europeas. Lleva también la misión de restablecer el crédito exterior de la República y negociar los empréstitos necesarios. No se le impone ninguna limitación. Puede hacer cuanto quiera con la condición de fundar el crédito público sobre una base sólida y permanente. Bolívar al poner su firma en blanco le ha dicho: "Hay que asegurar la vida de la patria. Lo demás es accidental".

Cuando llega a Europa encuentra Zea que el crédito de los patriotas de la Independencia está totalmente arruinado. Las costosas expediciones, las compras de armas, la ingerencia de los aventureros, los azares de la guerra y de la política han hecho contraer deudas y comprometer a honrados comerciantes que se consideran perjudicados. Los acreedores, tanto los logreros como los de buena fe, se precipitan sobre Zea azuzados por el rumor insidioso de que el enviado de Colombia trae oro bastante para pagar a todo el mundo. Zea tiene entonces un gesto de gran señor soberbio. Reune en París a los acreedores y sin meterse a discutir sus créditos les dice altivamente: "Colombia pagará cuanto debe cualesquiera que sea su origen o su importancia. Tiene el poder y la voluntad. Con nosotros la justicia y la riqueza andan siempre juntas. Nuestras riquezas son inagotables. La fidelidad a nuestras obligaciones será eterna".

Luego escribe a Bolívar: "Era mi deber recobrar el crédito perdido. El descrédito político en que hemos caído era todavía mayor que el comercial. Desde que llegué a esta capital advertí que no se podría dar ningún paso para el reconocimiento de nuestra independencia en Europa sin restablecer primero el crédito comercial. Se destruía en Europa cuanto se edificaba en América. Por todas partes se daban empleos, se hacían contratos, se giraba contra el Tesoro de la República..."

Francisco Antonio Zea, haciendo uso de sus ilimitados poderes salva para siempre el crédito y el prestigio de la Gran Colombia. Su gesto ha sido audaz al aceptar sin mirarlas siquiera, incluso las más dudosas reclamaciones; tal vez pudo haber negociado con más ventaja, acaso debió ser menos generoso, más cauto... Pero aquella alma superior ignoraba el valor de la moneda. Su gestión económica pudo ser discutida, su grandeza de espíritu, su patriotismo, su honestidad, jamás pudieron ser atacados.

Le vendemos una
REMINGTON
grande, silenciosa, randa nueva.
Precio: ¢ 1.200

También le vendemos un piano
STEINWAY
Magnífico estado
Excelentes voces
Arpa de acero
Precio: ¢ 3.000

Están a sus órdenes en la oficina del
Repertorio Americano
Teléfono: 3754
50 vrs. al E. del Teatro Nacional.

JOHN M. KEITH, S. A.
SAN JOSE, COSTA RICA
Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfín SERVEL ELEC ROLUX
Balanzas "TOLEDO" (Toledo Scael Co.)
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)
Pinturas y Barnices (The Sherwin-Williams Co.)

JOHN M. KEITH, Socio-Gerente.
RAMON RAMIREZ A., Socio-Gerente.

EL HOMENAJE DE LA VIEJA EUROPA A LA NUEVA AMERICA

Estamos ahora en la gran sala de recepciones de la famosa London Tavern en Bishopsgate, donde se celebra el banquete monumental de trescientos cubiertos organizado por los amigos londineses de la independencia americana, en honor del enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Colombia en todas las cortes europeas, don Francisco Antonio Zea.

El ujier va anunciando los nombres y los títulos de los personajes más influyentes de la City. Hombres de ciencias y de negocios, miembros del parlamento, escritores y políticos, se agrupan en torno a la figura fina y estilizada del representante colombiano, el profesorcito de Santa Fé que los años, la lucha y los sufrimientos han ido aguzando y espiritualizando. Prematuramente envejecido pero todavía con aquel fuego interior de su juventud asomándole a los ojos, Francisco Antonio Zea contempla enternecido el espectáculo soberbio de este homenaje que en el corazón de la City rinde a su patria, a su heroísmo y probidad, los hombres más poderosos e influyentes de Gran Bretaña.

Estas comidas de ceremonia de los hombres de la City en el salón de las pilastras de la London Tavern tienen un ritmo lento y un aparato fastuoso. Ninguna, sin embargo, tan brillante como esta de los amigos de la Independencia de Colombia. Para preparar su famosa sopa de tortuga la London Tavern ha sacrificado los mejores ejemplares que tenía en sus cuevas donde los sabrosos animales se conservan vivos en el agua del mar en que han sido traídos para que la exquisita carne no pierda su gusto delicado. Corren en abundancia el amontillado, el tokay, el borgoña y el champaña, las lenguas se desatan y la cordialidad entre sudamericanos e ingleses se hace jovial y estruendosa. Una banda militar acomete el *Hail Colombia*. Un coro de cantantes entona el *Non vobis Domine* ritual. El maestro de ceremonias da un golpe seco de mallete y comienzan los brindis rituales por el rey, por el duque de York, por el ejército y la marina. El duque de Somerset que preside la fiesta brinda por Colombia y por Zea y habla a los hombres de la City de los altos valores del pueblo colombiano. Francisco Antonio Zea en su brindis dice: "Por la prosperidad de la Gran Bretaña, modelo de racional libertad y por la perduración de las relaciones amistosas entre la Gran Bretaña y la Nueva República de Colombia".

Estallan los "hurras" y suena entonces por primera vez la canción inglesa *Valiant Bolivar*, homenaje británico al Libertador que se canta con la melodía de un viejo aire escocés. De esta canción que no se ha cantado nunca más que en inglés, publicamos a continuación la primera traducción al castellano que ha sido hecha para esta evocación de la figura de Francisco Antonio Zea por el gran poeta venezolano Fernando Paz Castillo:

BRAVO BOLIVAR

Hijos de Albión por la Victoria electos
que del descanso el gozo merecimos;
veamos hacia el Oeste, donde surge
libre una estrella.

¡Quién por hallar la libertad deseada
rompió cadenas de supersticiones!
¡Quién venció ligaduras de tiranos,
sino Bolívar!

Tras el azul de los perpetuos mares
Colombia, entre riquezas no gozadas
y uncida al carro de victoria infausta,
triste lloraba.
Pero bendijo el triunfo sus afanes
y allende el Atlántico profundo
una bandera por tu esfuerzo ondea,
bravo Bolívar.

Con cálido entusiasmo recibamos
y bienvenido a nuestra Patria sea
de Colombia el enviado, que hoy contamos
entre nosotros.

Pedidle que en la hora del regreso
lleve sobre los mares y a su tierra
esta canción de simpatía británica
para Bolívar.

¿Quién este lauro marchitar quisiera
ni soportar de un déspota el ultraje...?
Que no resuene en esta hora alegre
voz de discordia.

Llenad las copas y bebed conmigo:
felicidad para los hombres libres,
triunfo a Colombia,
salud a Bolívar.

La fiesta se prolonga hasta la media noche. Uno tras otro, interminablemente, los oradores brindan entusiasmados por el futuro espléndido de las relaciones entre los dos pueblos. La solvencia y el prestigio de Colombia en la City han sido recobrados para siempre. Francisco Antonio Zea ha cumplido su misión.

"...CUANDO TODO LO DEBIL Y TODO LO PEQUEÑO DE NUESTRA EDAD, LAS PASIONES, LOS INTERESES Y LAS VANIDADES HAYAN DESAPARECIDO..."

Enfermo, prematuramente envejecido, Francisco Antonio Zea sigue luchando por mantener el prestigio de su patria y por conseguir el reconocimiento de la República por las cortes europeas. Las circunstancias le son adversas. El Congreso de Cúcuta le ha retirado los poderes ilimitados que le confirió el Libertador y discute severamente su gestión. Zea se siente morir y después de una breve y triste peregrinación por diversas ciudades inglesas, Cheltenham, Exeter, llega a Bath, la vieja ciudad, delicia de los conquistadores romanos, buscando ansiosamente un rincón de paz y de olvido.

Este viajero enfermo y solitario que se encierra para morir en un cuarto de hotel de una ciudad desconocida, donde todo le es extraño, donde nadie puede conocerle ni amarle, es uno de los grandes espíritus de la época sacrificado por el amor a su patria y a sus ideas. Sus ojos se cierran para siempre contemplando desde la ventana de su cuarto de hotel este sereno paisaje inglés de verdes y onduladas colinas mientras su alma vuela hacia aquel otro paisaje más duro pero más entrañable de los cerros amarillos, el vaho de los potreros y la distancia insondable de la sabana que veían sus ojos de adolescente desde su celda en el colegio de San Bartolomé.

Han pasado ciento veinte años. De aquel triste caballero que vino a la ciudad de Bath buscando la paz y el olvido de la muerte, no queda rastro alguno en la impasible ciudad milenaria. La casa en que murió, York House, hospedería famosa de cien hombres ilustres, Palmerston, Hawthorne, Dickens, Ruskin, Disraeli, no conserva traza alguna del prócer colombiano. Su tumba se ha perdido entre los millares de enterramientos de la abadía. La capilla católica donde se le rindieron honras fúnebres ha desaparecido y el lugar que ocupa ha sido arrasado por las bombas alemanas. Ni los templos católicos ni las ruinas romanas de Bath se han visto libres del azote de esta guerra. Las cenizas del prócer de la independencia americana han experimentado en las entrañas de la tierra donde reposan, la sacudida brutal de una guerra como nunca su espíritu humanitario hubiese podido imaginarla...

Unico testimonio de su tránsito es esta hoja amarillenta del registro de defunciones de la abadía, que reza escuetamente: "Francisco Antonio Zea, de cincuenta y un años, fallecido en York House el día 28 de noviembre de 1822".

STECHERT-HAFNER, Inc.
Books and Periodicals
31 East 10th Str.-New York 3, N. Y.
Con esta Agencia puede Ud. conseguir una suscrición al
Repertorio Americano

Si quiere suscribirse al
"Repertorio Americano"
diríjase a
F. W. FAXON Cº
Subscription Agents
83-91 Francis Str.
Back Bay
Boston, Mas. U. S. A.

Una suscrición al **Rep. Americano** la consigue Ud. con
Matilde Martínez Márquez
LIBROS Y REVISTAS
Avenida Los Aliados Nº 60
Apartado Nº 2007
Teléfono FO-2539
La Habana, Cuba

LEA DE
MAX JIMENEZ
EL JAUL (Prosa)
EL Domador de Pulgas (Prosa)
REVENAR (Versos)
Obténgalos en el
Repertorio Americano
EXTERIOR:
Precio del ejemplar: $ 1.00 U.S.A.

LA INALTERABLE INGLATERRA

Por *César Falcón.*

(Del excelente bimensuario *Cuadernos Americanos.* México, D. F. Septiembre -Octubre de 1945).

1.—Ninguno de los fabulosos acontecimientos de la guerra en Europa ha resonado con más emoción en los corazones hispánicos que el triunfo electoral de los laboristas en Inglaterra. Por primera vez —en estos días, muchas cosas importantes están ocurriendo por primera vez— las gentes hispánicas, y más aún que las de América, las de nuestro centro racial, las de España, advierten que nuestra vida histórica está engranada en la británica y que la suerte de Inglaterra está trazando nuestros propios destinos.

El caso es cierto desde hace varios siglos, desde que Felipe II, el gran organizador del feudalismo español, vió con admirable exactitud dónde estaba su enemigo. Pero si ahora, y sólo ahora, no obstante los numerosos reveses que han tundido la carne española, nuestros políticos elevan la vista en uno de los ángulos verdaderos de nuestra existencia, no es ciertamente porque al fin se hayan esclarecido sus mentes, sino más bien, considerando sus intenciones, por lo contrario: porque la cerrazón mental se ha hecho más apretada, más desesperada, más a ciegas. La luz que los ilumina es un signo pavoroso. Indica que la derrota de la República Española —y el hecho vale también para Hispanoamérica, aunque aquí no tengo oportunidad de explicarlo— les ha dejado tan sin norte, que van ya, perdidos sus propios controles, a quemarse como mariposas, en la llama que los alucina y los destruye. Lo cual indica asimismo que el mundo hispánico, o, por lo menos, la Hispania europea, está hoy más dentro de la órbita británica que nunca, más dependiente de la rotación política de Inglaterra, y, por tanto, más perdida, más sin esperanza y más sin posibilidades en el inmediato futuro.

2.—¿Qué es Inglaterra? Ningún inglés tiene de Inglaterra la noción que generalmente tenemos nosotros, los extraños, y como es lógico, la única noción que vale, la cierta, es la de ellos mismos, la que se abona, no sólo con el mejor conocimiento del asunto, sino también con la admirable capacidad racional del ente británico. Para el hombre a quien nosotros, con inconsciente inexactitud, llamamos inglés, Inglaterra no existe, aunque es una cosa real, con la verdadera realidad de la tierra. El *inglés* piensa, siente, conoce y vive en el British Empire, esa enorme abstracción de tierras y pueblos y riquezas cuyos límites se difunden en la redondez del planeta. El inglés jamás se llama a sí mismo *inglés*; siempre se llama *britton*, de Britannia, la que *rule the waves*.

Esa noción abstracta del país, inaccesible a la mente hispánica —más aldeana, por lo general, cuanto más de izquierda es, sin embargo, desde el punto de vista histórico, la más cabal—. Tiene la profunda realidad y la indeclinable exactitud de la comida. El inglés sabe que si es inglés, oriundo y dependiente de este pedazo de isla que se llama Inglaterra, no puede comer. Quien le alimenta y, además, le enriquece y ha creado su tremendo poderío, es esa entidad diversa y dispersa que él llama Empire. Aquí donde mana su vida, esta su verdadera nacionalidad. Por esto el británico no tiene, ni puede tener vínculo ninguno con Europa, a la que desdeñosamente llama el "Continente", cosa que le sorprende mucho al incomprensivo y petulante intelectual europeo. Pero al británico le ilustran razones profundas que como todo lo británico, están metidas de raíz en la historia. En efecto, ¿qué tiene de común la Gran Bretaña con Europa? Nada, desde la época de Cronwell, que fué al mismo tiempo el liquidador de Europa en las islas y el iniciador de la Gran Bretaña universal. Desde entonces, lo que nosotros seguimos llamando Inglaterra ha venido haciéndose más y más asiática, africana, americana y oceánica y menos y menos europea.

La política británica en Europa es una política de seguridad, de defensa, como quien dice, y en consecuencia, una política beligerante. Muchos pactos, tratados, alianzas, intrigas, conspiraciones y guerras, pero muy poca economía. La economía, la negociación de compra y venta, que constituye la base de su existencia, ha ido asentándose, afirmándose y perpetuándose en Asia, en Africa, América y Oceanía. Casi toda ella reside hoy fuera de Europa y este hecho fundamental convierte a la Gran Bretaña en una entidad económica extraeuropea, aunque amenazada políticamente por Europa. ¿Están claras las circunstancias? Conviene dejarlas bien precisas, porque aquí reside, a mi juicio, el núcleo del problema.

Para comer, prosperar y acrecentar sus riquezas, Inglaterra necesita muy poco de Europa: las fabulosas utilidades que la han enriquecido y los víveres que la alimentan, le vienen de los otros continentes. En cambio, los peligros más ciertos contra su existencia, tanto políticos como militares, le vienen de Europa, de ese ardoroso fermento de doctrinas, propagandas, rivalidades y amenazas bélicas. Cualesquiera que sean las proporciones de los movimientos nacionalistas de las colonias y de la rebelión universal contra el dominio británico, es evidente que todos ellos se nutren de la orientación y el aliento político de Europa y que encuentran su más vigoroso estímulo en los antagonismos políticos europeos. Europa produce las fuerzas ideológicas e incluso, a veces, militares que van como rayos contra el Imperio Británico. Inglaterra lo sabe, y toda su política en Europa, la admirable política que le ha dictado la necesidad, está dirigida por este conocimiento.

3.—Política británica en Europa, quiere decir, repito, política beligerante; defensa del Imperio Británico, lucha implacable contra todas las doctrinas, los partidos, las naciones, los movimientos y los hombres que atentan o puedan atentar contra él. Es una política de línea clara y firme. No ha variado desde Carlos II, desde que la revolución industrial le proporcionó los medios de dominar territorios y mercados. Entonces viró en redondo, y en vez de seguir buscando en Europa, como Enrique VIII y la gran Isabel, el alivio de su miseria, trazó las grandes líneas de su prosperidad sobre el mapa de la Tierra y montó guardia contra el peligro europeo. Felipe II vió las grandes perspectivas de la potencia que insurgía. Si por ir contra ella, como fué, en nombre de la persistencia del feudalismo, no pudo contener su desarrollo, nos dejó, en cambio, el aviso y no es culpa suya que nadie entre nosotros, ni feudales ni demócratas ni proletarios, hayan sabido recogerlo.

Las realidades están ahí, sin embargo, tan firmes como nuestras cordilleras. Británicos e hispánicos nos cruzamos en forma de X, sobre la curva dorsal del planeta, desde Guadalcanal y Filipinas hasta la Patagonia y Gibraltar. Nada ni nadie puede evitarlo. Allí está la viva y permanente historia, y lo queramos o no queramos, la guerra, la inexorable lucha por comer, por vivir, por mandar. Y más inexorable que para nosotros, avezados ya, después de todo, al infortunio y la miseria, para Inglaterra, para los británicos de las islas europeas. Para ellos no hay alternativa y, por tanto, no hay dudas. Estas islas tienen cuarenta y cinco millones de habitantes en nada más que cien millas cuadradas de territorio. ¿Puede darse en tales condiciones una política distinta de la habitual política británica? Es posible que algún insensato lo crea. Pero no, desde luego, el inglés. El inglés sigue imperturbable su recia política de defensa contra las revoluciones, contra la burguesía continental, contra el imperialismo germánico, contra el proletariado, contra la Unión Soviética. Si la línea no ha variado ni ha variado desde Pitt hasta Churchill, no es por ninguna de las razones que cierto tipo de mentecatez intelectual le atribuye a la psicología, a la moral, a la educación y al carácter de los ingleses, sino porque mientras exista el Imperio Británico no puede variar; porque esa política y nada más que esa y sólo ella es la única defensa del Imperio, el verdadero foso que rodea y protege el bienestar de la nación británica.

4.—Ahora hay un hecho de veras nuevo. Los laboristas han llegado por fin al poder. Disponen de mayoría absoluta en la Cámara de los Comunes, y aunque no la tienen en la de los Lores, pueden, si lo necesitan, hacer tantos pares del Reino como sean precisos para adquirirla. Los laboristas constituyen el partido, si no del proletariado inglés como ideología, del proletarjado inglés como clase. Han conquistado el poder con un programa "revolucionario": nacionalización de industrias básicas, del Banco de Inglaterra y de los ferrocarriles y establecimiento de numerosas

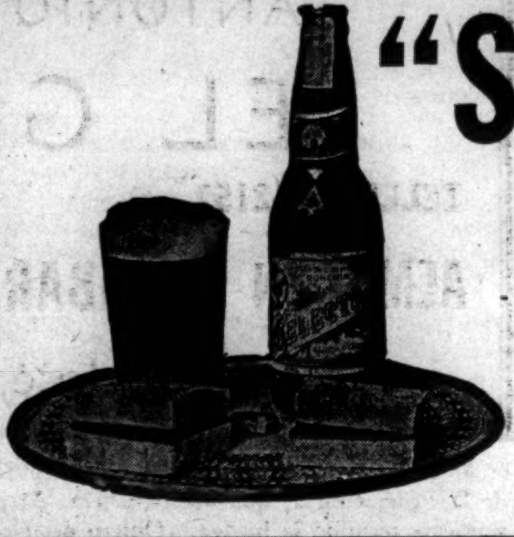
LIC. ANIBAL ARIAS R.
Abogado y Notario
San José, Costa Rica
Teléfonos: Of. 5329 - Hab. 5994
Apartado 1653

El traje hace al caballero
y lo caracteriza
Y la SASTRERIA
"LA COLOMBIANA"
de FRANCISCO GOMEZ e HIJO
le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.
Especialidad en trajes de etiqueta
Tel. 3283 — 30 vs. Sur Chelles
Paseo de los Estudiantes
Sucursal en Cartago:
50 vs. al Norte del Teatro Apolo.

pensiones y subsidios que deben amparar al hombre, o, si es más exacto, al trabajador desde que nace hasta que muere. Una revolución, en suma, como dicen los ilusos. A nuestro tema le importan muy poco, en realidad, los problemas internos de esta "revolución"; no le preocupa hasta dónde los laboristas van a realizar de veras ni cuándo ni cómo van a coordinarse el gobierno y la City, los laboristas y los conservadores, y muchas otras cuestiones que son del negociado exclusivo de los ingleses, de los que van a perder y de los que van a ganar.

Lo que a nosotros nos interesa sobremanera es la proyección internacional del famoso programa. Nuestra actitud se resuelve en una sola pregunta: ¿quiénes van a pagar los gastos de esa fenomenal revolución? ¿Las islas europeas del Imperio, el ilustre Reino Unido? El Reino Unido no ha pagado jamás nada, ni el beneficio de los capitalistas ni el subsidio de los obreros. De la misma manera que todo el mundo en el Reino Unido come huevos y jamón y mantequilla importados, todo el mundo también cobra dinero importado. Los capitalistas, sus ganancias, los obreros sus jornales. Ese vasto y disperso territorio que forma el Imperio, donde cerca de quinientos millones viven bajo el dominio de las cuatro rayas, es el que efectivamente paga lo que en las afortunadas islas del Canal de la Mancha unos acumulan y los otros consumen. Para esos millones de seres de todas las razas y colores no hay ninguna diferencia. —no debe haberla, por lo menos— en el hecho de que sus hambres y sudores produzcan el boato del duque de Westminster o las pensiones de los laboristas. Porqué lo característico del fenómeno insular británico es que los cuarenta y cinco millones de criaturas privilegiadas que lo componen, si bien socialmente se dividen, aunque con menor rigor que en otras partes, en burgueses y proletarios, como naturales de aquellas islas forman todos juntos una clase privilegiada con respecto a las grandes masas que dependen de su dominio. Esas masas constituyen el verdadero proletariado de la Gran Bretaña, el que produce la efectiva *plus valía;* un proletariado de constitución tan singular que comprende, en cierto modo, a muchos burgueses de la India, Egipto, América del Sur, etc., de igual manera que la burguesía británica comprende a los obreros de las dulces islas. ¿Incluye el fabuloso programa laborista a los millones de seres coloniales y semicoloniales que de polo a polo dan su vida por la grandeza británica? No, desde luego. El programa no puede incluirlos porque si los in cluyera, no podría haber programa.

5.—*That is the question.* ¿Cree alguien que un gobierno laborista está más dispuesto que un gobierno conservador a permitir que las colonias y semicolonias adquieran su independencia y cada cual en el vasto Imperio disponga y goce sus propios bienes? La ingenuidad es el patrimonio de ciertas mentalidades hispánicas. Sin embargo, veamos la cuestión de cerca. ¿Qué significaría la independencia económica de los numerosos satélites británicos? Hablo, claro es, no sólo de los metales de Africa del Sur y los algodones del Sudán, sino también del mercurio de Río Tinto, las carnes argentinas, los nitratos chilenos, el estaño de Bolivia, el petróleo de Venezuela. El cuadro sería edificante. Veinte o veinticinco millones de los llamados ingleses, tendrían que convertirse en canadienses, australianos, neozelandeses, norteamericanos y abandonar las islas para siempre. Es posible que después de



"SELECTA"
La Cerveza
del Hogar
EXQUISITA Y SUPERIOR

esta caudalosa emigración, que repetiría las más dramáticas visiones de la Biblia, el amable suelo insular tuviese fecundidad bastante para nutrir a los veinte o veinticinco millones de indígenas que se quedaron adheridos a la gleba nativa. Pero tendría que ser a condición de trabajarlo, de volver a los idílicos tiempos de Enrique VIII, cuando los descendientes de las huestes de Guillermo el Conquistador comían buenos trozos de carnes jugosas, mientras los nativos, los que habían presenciado las incursiones de Julio César, alimentábanse de raíces. ¿Aceptarían los obreros de Manchester y de Cardiff, los que hoy tienen sus casitas con jardín y poseen acciones de alguna empresa, volver a la dichosa edad de sus abuelos? Yo, por mí, no lo creo.

Tampoco creo que hubiese otra salida económica. Inglaterra no es ya la potencia industrial y financiera que fué hasta principios de este siglo. La industria británica no puede ir ya a la libre concurrencia del mundo; por el contrario, necesita, imprescindiblemente, para vivir y prosperar, mercados propios, cotos cerrados y vigilados, en los que no entren más productos que los suyos. La impertérrita crisis de la minería es el testimonio más fehaciente. La industria insular económicamente más llena de posibilidades, la que entraba invencible por todas las aduanas, ha vivido durante las últimas décadas arrastrando su quiebra, su medio millón de parados y sus encarnizados problemas. Varias teorías, incluso teorías inglesas, que son las que nunca han resuelto nada en Inglaterra, nos dicen que la crisis proviene de los derechos que cobran los *landlords*, de las utilidades excesivas de los explotadores de las minas, del escaso desarrollo de las industrias eléctricas. Es cierto, en parte; pero cuando el duque de Northumberland deje de cobrar sus doscientas mil libras al año de *royalties* y desaparezcan las compañías, aun será necesario que el carbón inglés compita con el alemán, el polaco, el australiano, el norteamericano, etc. Lo cual quiere decir que será necesario que tenga mercados propios donde ninguno otro, nacional o extranjero, le salga al paso.

Más aún: será necesario que todos los productos ingleses tengan los mismos privilegios, única manera de que puedan desarrollarse las industrias eléctricas de la isla, y que las cocinas y las chimeneas británicas conserven y acrecienten su lumbre. Si no es así, no habrá, claro, *royalties* para Lord Londonderry, pero tampoco salario para los mineros. Lo mismo ocurre a los tejedores de Manchester. Inglaterra irrigó el Sudán y se libró del monopolio algodonero de los Estados Unidos. Pero no obstante tener ya su algodón propio, en 1929 tenía dos millones de telares parados, aunque las telas inglesas, son, sin disputa, las mejores del mundo. Ocurre, sin embargo, que las minorías que las disfrutan son muy reducidas y que la gran muchedumbre de europeos, asiáticos, americanos y africanos que se viste, prefiere, desde hace algunos años, cubrir sus carnes con las telas propias, más baratas desde luego. No creo que estas preferencias varíen cuando los telares pertenezcan a las Trade Unions. ¿Y qué sucederá si no varían? ¿Se decidirá entonces el gobierno laborista, recalcitrante en su ideología, a destruir la industria de Manchester y devolver a la labranza los centenares de miles de tejedores británicos que son uno de los más claros orgullos del trabajo humano? Ni la mente más insensata se atrevería a admitir semejante posibilidad.

Tampoco podemos admitir, en consecuencia, que el rigor ideológico de los laboristas vaya hasta el punto de renunciar a los mercados que hoy absorben, quieras que no, por fuerza del Imperio, los espléndidos tejidos ingleses. No; la política laborista, del famoso programa revolucionario que le hace poner los ojos en blanco a los semicoloniales de todas las castas, significa, por el contrario, un reforzamiento vigoroso de las ligaduras imperiales. El imperialismo de los conservadores británicos le cuesta al mundo enormes cantidades de sangre y de dolor. ¿Cuánto más le costará si llega a establecerse y desarrollarse el imperialismo proletario de los laboristas? Yo no estoy haciendo cálculos económicos; no puedo, por esto, figurarme tan tremendo coste. Me parece, no obstante, que asegurar la infancia, la pubertad, la juventud, la madurez y la encianidad de millones de trabajadores manuales e intelectuales le costará tanto, por lo menos, si no más, que asegurar la holganza de los magnates de la City.

6.—Y aquí viene ahora lo que más importa. ¿Qué política internacional corresponde a las necesidades descritas? ¿Acaso la de aflojar los vínculos del Imperio, como se imaginan los que tienen la inocua voluptuosidad de echar sus cabezas a pájaros? No necesitaría más el laborismo para hundirse con su programa en los mares que lo rodean.

A mayores necesidades económicas, política internacional más vigorosa e intransigente. Es preciso comprender que la realización de un programa revolucionario cuesta más, infinitamente más que la de un programa conservador. La diferencia se cubre con la mejor y más racional explotación técnica y humana de las riquezas naturales. ¿Y dónde están las

ANTONIO URBANO M.

EL GREMIO

TELEFONO 2157 APARTADO 480

ALMACEN DE ABARROTES AL POR MAYOR

San José, Costa Rica

riquezas naturales de Inglaterra? En las islas felices que se miran en las aguas del Canal de la Mancha, desde luego, no. Su acervo está en el desparramado Imperio, y ni el programa laborista, ni otro más revolucionario aún, puede modificar tan inexorable situación.

El laborismo no puede más que ajustarse a esa situación y apretar, en beneficio de los obreros, los vínculos del Imperio, exactamente igual que antes los conservadores, en beneficio de los imperialistas. Esto es, continuar en Europa la política de defensa y en las colonias y semicolonias, donde Inglaterra tiene sus materias primas y donde tiene sus mercados, la política de dominio. Ni una línea menos, ni una línea más, con programa o sin él, y ello significaría, claro es, lo de siempre: lucha contra la revolución y contra la democracia en todas partes, ahora más bien donde pueda, porque ni Winston Churchill ni Clemente Attlee viven en el mundo de Disraeli y Gladstone —porque la revolución y la democracia, por tenues que sean, producen más pronto o más tarde, el nacionalismo, la exigencia a disponer de las propias tierras y los propios frutos, la mayor amenaza contra el Imperio.

¿Cómo puede esperar nadie, por tanto, que el gobierno laborista, no ya permita, sino que entregue, incluso por la fuerza, a la deslavazada democracia que ha quedado de la guerra los más decisivos pasos estratégicos del Imperio, las rutas vitales del comercio, la jefatura política sobre las inmensas muchedumbres que trabajan y compran, los países, en fin, que constituyen la hacienda y seguridad de la Gran Bretaña? Ninguna mente cabal puede esperarlo. Lo que esperamos todos los que todavía no hemos salido de quicio, es que *Attlee, como Churchill, defienda con dientes* y uñas, o, para decirlo con menos domesticidad, con cañones y aviones, la hegemonía británica en el Mediterráneo, la intangibilidad de todas las posiciones imperiales, el dominio político y económico de los pueblos que Inglaterra gobierna directamente o por intermedio de gobiernos indígenas. La misma política internacional, que Churchill, la misma política que MacDonald, dispuesta, incluso, a disparar otra vez los cañones de la escuadra sobre los indefensos habitantes de Alejandría, Attlee cederá allí donde no pueda hacer otra cosa, donde ya había cedido Churchill, y donde no tenga más remedio que ceder.

Los nombres en este caso, como en todos los casos políticos, no pintan nada. Sólo pintan las poderosas realidades económicas. Pero si pintasen, si la historia fuese tan leve que la voluntad de un Attlee o de un Bevin pudiese modificarla, ¿quién ha dicho que los nuevos residentes del Whitehall son de distinta pasta que sus inmediatos antecesores o que los otros, los Mac Donald, Thomas, Snowden, los que prepararon la política de Neville Chamberlain? Todos los ministros nombrados hasta ahora pertenecieron al gabinete de Churchill y aprobaron y ejecutaron su política. Tenemos, sin embargo, almas tan simples y tan envenenadas de teorías, que pueden argüir con la votación popular, la formidable expresión de la voluntad popular. Recuerdo, para responderles, un episodio de Ernest Bevin, actual regente de la Foreign Office y Secretario inalterable de la Fedración Nacional de Transportes. En 1928, los estibadores declararon la huelga. Bevin, como leader de la Federación, trató con los patronos y llegó a un acuerdo. Los estibadores, reunidos en asamblea magna, acordaron, por unanimidad, rechazar el acuerdo y continuar la huelga. Bevin publicó entonces un decreto ordenándoles volver inmediatamente al trabajo y amenazándoles con expulsar de la Federación al que no lo hiciera. Al día siguiente terminó la huelga. ¿Quiero decir con esto que no existe la democracia británica ni la voluntad del pueblo? De ninguna manera. Quiero decir que Inglaterra es una democracia bien organizada. Paga a sus leaders para que sepan lo que debe hacerse, y si ella, como en la votación de los estibadores, se equivoca, para corregir su error, acata las órdenes de sus leaders. A mayor abundamiento, en la cuestión imperial no hay discrepancia alguna. El pueblo inglés íntegro, de arriba abajo y de derecha a izquierda, desde Lady Astor hasta James Brown, sabe que vive del Imperio, y que el Imperio es su vida, su presente, y su porvenir, lo que a uno y a otro, a pesar de sus diferencias de clase les permite esos opulentos desayunos británicos, que son el dato más genuino de Inglaterra, y la dicha de no ser, como los suizos o los daneses, ciudadanos de tercera clase. Uno y otro y todos los saben y están resueltos, con la resolución de una conciencia formada a través de varias generaciones, a defenderlo y perpetuarlo. Con este dato podemos intuir lo que la mayoría laborista de la Cámara de los Comunes y el pueblo mismo le responderán a Bevin cuando les ordene aprobar su política en España, Francia, Grecia, Italia, Egipto y Palestina, para asegurar la permanencia del Imperio.

7.—Política de seguridad imperial significa alianza con las fuerzas más reaccionarias de los países colocados dentro de la órbita británica, y por una razón muy clara: porque las fuerzas reaccionarias de aquellos países son las únicas sin porvenir histórico, las únicas que sin el apoyo inglés lo perderían todo y, conscientemente, las únicas capaces de defender hasta el fin el estado actual y de serle fiel a Inglaterra.

Aparte la coincidencia de intereses, las reaccionarias son las únicas fuerzas sociales de aquellos países que tienen el temple, la técnica y el organismo adecuados para reprimir los nacionalismos y los movimientos independentistas. Precisamente lo que hace falta para garantizar al programa laborista los elementos económicos necesarios a su realización y desarrollo.

Claro que yo voy encontrando al paso las ilusiones de mi gente, algunas de ellas tan honradas que de veras me emocionan. Como en el ámbito de las ilusiones no hay sino valores absolutos, aquellas mentes no pueden concebir la colaboración y la amistad del gobierno laborista británico, después de los últimos cinco años de lucha a vida o muerte en Europa, con los regímenes fascistizantes y reaccionarios que aun persisten. Pero la realidad tiene otras leyes. La reacción, el fascismo incluso, si operan en los semidominios británicos, no es necesariamente antagónico con la democracia inglesa. Desde 1922 hasta 1940, Mussolini colaboró con Inglaterra; Hitler también, desde 1933 hasta 1939, e Inglaterra les sostuvo, les apoyó y los nutrió a los dos. ¡Qué puede oponerse hoy a la misma colaboración con los indefensos regímenes reaccionarios colocados dentro de la órbita británica? La lucha a muerte con Hitler y Mussolini comenzó cuando los sátrapas fascistas, creados y fortalecidos por Inglaterra, incurrieron en el horrendo pecado, según el inexorable código de la City, de enfrentarse al imperialismo británico. ¿Podría nunca la desvalida España reaccionaria o ese montón de carne hambrienta que aún se llama Grecia intentar semejante aventura? Es imposible suponerlo. Consecuentemente, nada se opone a la amistad y al acuerdo.

8.—Aquí termina una parte de la historia y comienza otra, asimismo importante. Es notorio que los regímenes reaccionarios que debían sentirse amenazados comprenden su situación. Ninguno se ha empavorecido, ninguno ha comenzado a temblar. Cada uno de ellos sabe para lo que vale y los compromisos que tiene anticipadamente contraídos. Pero el resultado de las elecciones inglesas no puede haber sido un plato de gusto para todos los gobernantes. Para Franco, al menos. El programa laborista necesita al régimen de Franco y a todos los similares que Inglaterra ha sostenido durante y después de la guerra, pero no a Franco. Aunque Inglaterra sea todavía muy poderosa, un hombre al que repudia el noventa por ciento, no ya sólo de su pueblo, sino de la humanidad entera, no sirve para nada, y menos aún para tener a raya y sumisa a los intereses británicos, a una nación eomo España, tan vigorosa y de tan vastas proyecciones.

Inglaterra, aunque la gobiernen los laboristas, es un magnífico negociante. Jamás puede comprometerse, ni se comprometerá, estoy seguro, en un negocio en quiebra. Pero también estoy seguro de que, como experto maniobrista, utilizará la quiebra para reforzar el negocio. Es decir, utilizará la eliminación de Franco como medio de consolidar y fortalecer el régimen de Franco.

Si Ud. reside en la Rep. Argentina
suscríbase al
Repertorio Americano
por medio de la
Agencia Internacional de Diarios
A. BARNA e HIJO
Buenos Aires, Lavalle, 379 —
U. 31 - Retiro 4513

AMANDA LABARCA a MARIA TERESA LEON

(*Envío de la autora,* Santiago de Chile).

Al presentarla como conferenciante en la Universidad de Chile.

La España clásica aherrojaba a la mujer en los ásperos y estrechísimos moldes de dos criterios que coincidían para sojuzgarla. Por una parte el ultracatólico que, olvidando aquello de "compañera te doy, no esclava", entregaba a la absoluta potestad del hombre la familia y la mujer. Por otro, el musulmán, huella de la morería que durante siete siglos convivió con el español, y que encerraba a la mujer en harenes, odalisca cuando joven, mísera sierva cuando se marchitaban sus encantos. Para que fuese íntegra y absolutamente de su dueño, se vaciaban los ojos de los esclavos que las atendían.

La infinitud de la personalidad de la mujer, forzosamente había de encerrarse en uno de dos moldes: el convento o la alcoba, y ¡ay! de la disconforme, de la inquieta o de esas poseídas del demonio que olían a azufre y podían llegar hasta las cárceles de la inquisición.

Para emerger tras esta montaña de prejuicios, había que tener estatura de titán y temperamento capaz de enfrentarse con la tradición y el universo hostil. Una Santa Teresa, por ejemplo, soñadora y realista, hembra errante e inquieta y, sin embargo, capaz de una acción ciclópea.

O todo o nada. Mientras en Inglaterra, en Francia y aun en las Américas, el siglo XVIII y los años que le sucedieron, presenciaron la teoría de sinnúmeras mujeres que se allegaban tímidamente a beber en la fuente de la poesía, la novela o el drama, en España sobresalen por modo excepcionalísimo una que otra: una que se llamó Fernán Caballero (para escribir hubo de adoptar nombre de varón), una Pardo Bazán, recia y bien defendida por sus blasones y su talento, una Rosalía de Castro, ruiseñor cuyas cántigas humildes no alcanzaron a despertar la envidia de nadie.

Y las otras: huríes o santas de altar, madres abadesas o matriarcas que, muerto el marido, pasaban a depender del confesor, de los parientes varones y aun de los hijos, erraban en la penumbra de las alcobas o de los claustros, de las cocinas y los obradores, jamás consideradas en la misma escala que el hombre.

La revolución que comenzó en España en la primera década y afloró en la tercera de este siglo, dió fuerzas y expresión a toda esa alma hasta entonces sofocada. De esa generación nos llega nuestra conferenciante de hoy, símbolo y encarnación de la España revolucionaria.

Escritora, mujer de acción, ávida de aprender en sus viajes de estudio por Europa, generosa para enseñar en sus conferencias y sus cursos en estas Américas.

María Teresa León comienza de muy muchacha a perjeñar relatos que reunió en su primer libro *Cuentos para soñar*. Más tarde publica novelas como *Contra viento y marea*, en que las mismas ansias y las mismas miserias se transponen con diferencia de escenario entre América y España.

Es Directora de espectáculos y adalid de esas guerrillas teatrales que llegan a los milicianos y van, de vivac en campamento, tratando de hacer olvidar el fragor de las metrallas, la pesadilla de las bombas y los torrentes de sangre y de muerte que corrían desbocados.

La revolución la vuelve a América y aquí su facultad organizadora se ciñe al plan de la imperativa necesidad: el socorro a las víctimas inocentes del extravío de los hombres. La obra *Salvad a los niños* la tiene como su alma incansable en Buenos Aires.

Autora de guiones cinematográficos, todo cuanto está a su alcance, toda vibración que la requiere encuentra en ella un eco de actividad pródiga. "Nada de lo humano es ajeno a mí".

María Teresa León, sed bienvenida a esta casa universitaria en donde afluyeron las corrientes españolas de la Real Universidad de San Felipe y las muy criollas que sustentaron Bello, Sarmiento y Lastarria, universidad ella misma reflejo de este Chile en que lo español y lo indígena, lo europeo y lo americano se vacian y se transmutan en secretas alquimias.

Nos aprestamos a escucharos con respeto, porque os sabemos representante de esa España que hizo saltar las ligaduras con que la inmovilizaban la monarquía, el ultraclericalismo y el ciego y sordo egoísmo de sus latifundistas.

Os escucharemos con unción porque sois una de ese grupo de artistas que se atrevió a abominar de una vez para siempre de lo pintoresco y lo majo, al darse cuenta de que tras esas bambalinas empalidecía el hambre y hedía a mugre e ignorancia el pueblo.

Os escucharemos con reverencia porque os sabemos mensajera de esos hombres que sufrieron los primeros en Europa, el azote, la befa, la traición y la crueldad organizada del fascismo nacional e internacional, hermana de todos aquellos que yacen hoy en el sueño de España, esperando que de sus huesos salgan voces, como en la conseja que nos narraban de niños: esa Flor de Lirilay cuya flauta decía algo parecido a esto:

Pastorcillo, no me toques,
ni me dejes de tocar;
me mataron mis hermanos
por amar la libertad.

Os escucharemos con afecto cordial y entrañable porque os sabemos parte de la España errabunda que ha venido a refugiarse en América, solar de sus antepasados, como antaño en los montes de la Cantabria, para iniciar la reconquista de su tierra.

Os deseamos desde el fondo palpitante de nuestro afecto, que vos y vuestro marido que sufrísteis el crugir de huesos de la derrota, podáis saborear las mieles de la victoria próxima.

María Teresa León, estáis entre amigos que ansían vuestra palabra.

Dr. E. García Carrillo
Corazón y Vasos
Consulta por cita
Oficina en San José
Electrocardiografía
Metabolismo Basal
Radioscopía

Con esta acreditada Agencia obtiene Ud. la suscrición al
Repertorio Americano:
The Moore-Cottrell Susbcription Agencies
Incorporated
North Cohocton, New York

Octavio Jiménez A.
ABOGADO Y NOTARIO
Oficina: 25 vaars al Oeste de la Tesorería de la Junta de Protección Social
TELEFONO 4184
APARTADO 338

LA ANTIGUA Y ACREDITADA CASA
MARCOS Y ESPEJOS "LLERANDI"
(Esquina Diagonal a la Biblioteca Nacional)
LE RECUERDA que, como siempre, tiene para Ud.
CUADROS con finas láminas suizas,
MARCOS con molduras nacionales y extranjeras,
ESPEJOS de distintas formas y medidas,
PORTARRETRATOS en vidrio, cristal, cuero, plástico, dorados, tallados y calados.
Para su regalo, le ofrece SOUVENIRS del país y de fuera, así como óleos, acuarelas y tallas de distintos artistas.
Asimismo, se encarga de replatear espejos manchados y de restaurar marcos artísticos antiguos.
Teléfono 4688 — San José, C. R.

HORACIO QUIROGA

Por *César Tiempo.*

(Es un recorte. Envío de *A. Mejía Nieto,* en Buenos Aires. Con estas palabras al pie: "En todas partes se cuecen habas. ¿Quiere reproducir esto, García Monge?"

Cierta mañana de enero de 1937, recibí una carta de Horacio Quiroga fechada en Buenos Aires, a la que había bajado desde su latebra misionera para atenderse de una dolencia callada. "Querido amigo —decían sus letras afiladas— contesto ahora a su última tras intento frustrado ayer a las 12 de comunicarme con usted por teléfono. Ruégole así me diga si cualquiera de estas tardes (de 15 a 20, de preferencia) podemos hallarnos donde fuere para charlar un momento y conciliar todo para vernos más largamente (en su casa, por ejemplo). Francamente ando tan fuera de mano aquí, que no sé a quién preguntar por la calle Tinogasta. Estoy aquí, en el hospital, como Lázaro a medio viaje de su cueva. Espiritualmente, desde luego. La salud, ahí va. Quedaré verosímilmente curado a medias. Cariños a su casa, gracias por sus noticias y hasta uno de estos días, que no pasen". Semanas más tarde, el 19 de febrero, el narrador genial de nuestra jungla se eliminaba voluntariamente con una dosis de cianuro capaz de voltear, no a un hombre sino a un dinosaurio. El lunes último se cumplieron ocho años del doloroso acontecimiento. El más grande cuentista de nuestro idioma, el biógrafo alucinado y alucinante de Anaconda, el hombre que caló más hondo en las psicologías de los mensúes, de los prisioneros de la selva, de las mujeres sin amor, se suicidaba precipitando un lento y largo proceso de hipocondría, amargado por la hostilidad —o la indiferencia, que es más amarga— de un medio que no supo concederle una estación de paz para sus últimos años. La enfermedad fué un pretexto. Lo cierto fueron sus privaciones, sus dificultades, sus angustias económicas, documentadas en una correspondencia que tengo el honor —y la tristeza— de guardar. Cierta vez recordaba Alfredo Palacios en la Cámara de Senadores, al referirse al escultor Zonza Briano, muerto en la miseria, el indecible dolor con que había visto humillarse en las antesalas de los ministerios a los altos artistas necesitados.

Intervine en no pocas gestiones tendientes a aliviar la situación del maestro. Sus colaboraciones se publicaban a regañadientes, su reposición en el consulado del Uruguay, en San Ignacio, era motivo de interminables cabildeos. Una carta del año 35, datada en Misiones, nos ofrece un cuadro de su situación y de su estado de ánimo. "Releo su carta —me dice Quiroga— y me detengo en su final, donde me desea usted salud y humor. La una, regular; el otro, endiablado. La cuestión económica, mi eterno débil. Calcule que desde Montevideo no me han remitido un peso desde el 15 de junio de 1934. La jubilación parece que está a conseguirse, pero entre tanto no tengo un centavo. Siquiera manden todo lo que me deberán para entonces —si me envían a tiempo, antes que los boliches de aquí me cierren las puertas—. ¡Perra cosa que me tiene de humor negro! Y con familia." Después de otras consideraciones referentes a mi labor literaria que no hacen ahora al caso, termina Quiroga con una mención a sus industrias de hombre de empresa con las que su fértil ingenio y su indomable energía pretendían capear el temporal. "Dios concede sumas tribulaciones al sumamente enérgico. Mis industrias, totalmente muertas por la crisis. Hasta que muera uno. Escríbame cuando le venga a bien, querido Tiempo, y un buen abrazo".

Horacio Quiroga diseca un halcón

Fuera de los uruguayos Asdrúbal Delgado, Enrique Amorim y Alfredo Mario Ferreiro y de los argentinos Ezequiel Martínez Estrada y Santiago C. Olivan, nadie se preocupó por aliviar la situación del gran escritor, inmolado a los 58 años. Una vez desaparecido, los chimangos empezaron a disputarse sus restos. Hubo discursos infinitos, monumentos, premios póstumos, peregrinaciones conmemorativas, homenajes oficiales. ¡Hojarasca irritante! Lo único de cierto es el cuadro macabro que representa al abnegado Amorim llevando sobre las rodillas la urna que contiene las cenizas del maestro desde el crematorio de la Chacarita a la Dársena Sur, y que la trepidación del automóvil amenazaba esparcir. Lo único cierto es que el más vigoroso de los narradores del Continente pasó los últimos cinco meses de su vida en la estrecha habitación de un hospital, ahogándose en las noches de verano y sin disponer de un timbre para pedir que le alcanzaran un vaso de agua. Lo único cierto es que, el porvenir encontrase a su mujer desarmada para la lucha por la vida, consiguió que los médicos le enseñaran la práctica de la anestesia y utilizaran sus servicios en las operaciones; ella, la esposa del autor de *Los desterrados,* de *El desierto,* de *Anaconda,* considerado a justo título el Rudyard Kipling americano, afanada en quehaceres de enfermera, mientras el marido madura la idea del holocausto. ¡Qué fácil resulta, después, hablar en representación del Gobierno y reivindicar derechos de territorialidad para una gloria nacional de los kilates de Horacio Quiroga, arrojado a la miseria por un decreto que lo declaraba cesante el 15 de abril de 1934 por utilizar la máquina de escribir del consulado en provecho propio. (Este "propio provecho" consistió en escribir los estupendos relatos que concedieron a la literatura rioplatense categoría universal, en lugar de redactar los informes soñolientos que prescribe la deontología burocrática).

"Virtualmente —escribió Alberto Zum Felde, crítico indiscutido— Quiroga es de los pocos, poquísimos... escritores americanos de categoría mundial. Sí, por la adversidad histórica, esta América del Sur no viviera tan al margen de la atención europea, un cuentista como Quiroga sería famoso; y sus ediciones, traducidas a todos los idiomas, se sucederían por millares. Pero esta América es aún un arrabal del mundo; y la gloria de sus personalidades está tristemente limitada por el desconocimiento. No agravemos el aislamiento de fuera con la apatía de dentro; rindámosle nuestro pleno homenaje".

Desgraciadamente ese homenaje debió ser póstumo. En junio de 1934 —más o menos por la época de la aparición del último libro de Quiroga, *Más allá,* publicado por la Sociedad de Amigos del Libro Rioplatense, cuya rama argentina estaba a mi cargo— me escribía Enrique Méndez Calzada, otro gran escritor sacrificado: "Actualmente mi actividad literaria está reducida a las colaboraciones que estoy obligado a enviar. Es poca cosa, como ves, pero aun eso me resulta una *corvée.* La vida se está poniendo tan siniestra que todo induce al silencio. Según los Goncourt, Gautier confesaba que le aburría escribir: *"C'est si inutile!"* ¿Qué habría dicho si le hubiera tocado vivir en esta época?"

¿Tendrán algún día los escritores el lugar que se merecen en el respeto y la simpatía de sus conciudadanos, en la atención de los poderes públicos, en la consideración de los editores? Casos como el de Horacio Quiroga, como el de Méndez Calzada, nos tornan cada vez más escépticos en ese sentido. Si ayer fué el autor de *Las sacrificadas* que veía rechazada su obra y padecía inenarrables vicisitudes por negarse a militar en los cuadros de la "acomodocracia", hoy es Castelnuovo o Eichelbaum y mañana serán otros, dueños de una alma que no pacta, protagonistas de un drama cuyas palabras poseen una clave que sólo puede revelar el porvenir. Junto a los restos de Horacio Quiroga habló un ministro. Junto a los despojos de Herrera y Reissig habló el autor del tango *Julián.* ¿Quién tuvo más suerte?

A ocho años de su desaparición tarda en aparecer el escritor que se acerque al abrazo circular de su obra. Se lee a Faulkner, a Brom-

AHORRAR

es condición sine qua non de una vida disciplinada

DISCIPLINA

es la más firme base del buen éxito

LA SECCION DE AHORROS

del

BANCO ANGLO COSTARRICENSE

(el más antiguo del país)

está a la orden para que usted realice este sano propósito

AHORRAR

España en un grito
ATERRADOS, ENTERRADOS, DESTERRADOS

Por *José Bergamín.*

(De *El Nacional*. Caracas 17, julio, 1947).

"Sepultada en maravilloso silencio"
Cervantes.

"Las entrañas heladas
tornaron poco a poco en piedra dura;
por las venas cuitadas
la sangre su figura
iba desconociendo y su natura".
Garcilaso.

El terror político, policíaco y religioso, terror pánico del que se mantiene, cosechando su mortal siembra, el régimen imperante en España, ha tomado ya, oficialmente, el título, más o menos solemne y decorativo, de Reino. ¿Reino de la muerte o de los muertos; de más muertos que vivos? Más muerto que vivo está el que se aterra, y ni que decir tiene que el que se entierra, aunque se entierre en vida: y, a veces, muchas veces también, el que se destierra o al que le destierran de su suelo.

Aterrados, enterrados o desterrados, y más o menos muertos que vivos, desde hace diez años, lo estamos casi todos los españoles. Y no sólo los que están allá, los que se quedaron en tierra, con la tierra encima, en cementerios y prisiones, sino los que peregrinamos por otros mundos sin dejar de estar, por desterrados, desenterrados o desaterrados del nuestro. Del nuestro, que es España.

Cuando pensamos en España, algunos españoles desterrados de ella, sentimos, como Santa Catalina de Sena cuando pensaba en Cristo, que la memoria se nos llena de sangre. "La memoria se me llena de sangre", decía o gritaba la mística roja de Sena. Mística roja le llamó, muy acertadamente, Papini, el viejo zorro. La memoria, que es alma o es el alma, se nos llena de sangre a muchos españoles cuando pensamos en España, o cuando pensamos España sintiéndola, soñándola, y no solamente pensando en ella. ¿Sangre que nos ciega o que nos ensordece con su grito? España está en un grito, en ese grito mudo de la sangre que ni nos ensordece ni nos ciega, porque nos enciende de mágica visión el mundo y nos abre el oído a voces lejanas, secretas y veraces. Por esa sangre se ilumina y resuena en nuestra alma, memoria toda llena de sangre, el sentido y valor de nuestra vida.

¿Entrarse o enterarse, de España, es enterrarse, sin aterrarse, en aquella tierra de la que andamos, algunos españoles, desterrados? Ni porque nos entierren en vida, ni porque nos destierren en muerte, nos debemos nunca aterrar. Del terror nos libra, nos inmuniza aquella sangre aterradora que decimos que nos llena el alma, la memoria, el recuerdo vivo español. Este recuerdo es el que debe despertarnos cada día de entre los muertos. Como el alma dormida que decía el poeta. Porque vivimos entre los muertos, durmientes o dormidos con ellos, y en nosotros mismos nos vamos durmiendo como muertos, nos va acunando la muerte con su canto para que no podamos nunca despertar ni siquiera de nuestro sueño.

Pensando en España, pensando España, el alma dormida se despierta si siente ese grito mudo de la sangre que en ella se derrama. ¡La memoria se nos llena de sangre! Esa sangre es la que nos abre los ojos y los oídos y no la que nos ensordece y nos ciega; para enterrarnos, adentrarnos por ella, en la verdad de España. Verdad de tierra y sangre.

No nos aterramos. Ni fuera ni dentro de nuestra tierra. Ni por enterrados ni por desenterrados o desterrados de ella. Pensamos en España; pensamos —sentimos— España a través de esa sangre que nos aviva su recuerdo, que nos colma, nos llena el alma, de memoria suya; iluminados, encendidos por esa llama, por ese fuego, por esa cristalina transparencia: por ese mudo grito. ¿Qué nos grita esa sangre? ¿Justicia? ¿Venganza? ¿Y cómo lo uno sin lo otro? ¿Nos grita paz? ¿Y cómo sin justicia? "No hay paz sin unidad", gritaba, con su sangre, como la mística de Sena, el desterrado de Florencia: y "no hay unidad sin justicia". Pues, ¿cómo haremos?

Notad amigos —o enemigos— que esto de la sangre como imagen enfurecida no es cosa mía sino de los que la hicieron correr, como los tiempos, por nuestra tierra: y que el mirar por ella y querer ver y oír por ella, es como hacer de la necesidad virtud que se dice por el pueblo en España. A mí la imagen de la sangre no me gusta porque tiene, para mi gusto, mientras no es más que sangre, muerta o viva, sabor de infierno. Yo prefiero la sangre presa en figura humana, y libre, por la lengua, sin romper su cuerpo, cuando se hace palabra. "Que el alma ha de estar —nos dice Cervantes— con un pie en los labios y el otro en los dientes": para escapársenos mejor por la boca, por la lengua, en palabra viva. La palabra es la sangre y con sangre en-

Dibujo de *Clement Moreau.*

tra, como la letra; porque con sangre sale, como el espíritu. Pero el recuerdo, el alma, la memoria, llenos de sangre, no nos gustan: tienen sabor de infierno.

A este infierno se le trata ahora en España de llamar Reino: y es un reino infernal, por enfurecido, porque está sangrante y fuera de sí, como una mortal hemotisis enmudecedora. Y a esa sangre se le pide no voz, que no la tiene, sino voto. A esa sangre muda, sembradora de vida en los surcos de la tierra española entre las cizañas de la muerte, se le pide que vote; no que grite, no que hable, no que diga: ¡se le pidió el voto! Voto sin voz es lo que quieren los verdugos de España que tengan sus hijos asesinados para ratificar democráticamente con su sangre muda el terror de la muerte. Reino democrático de aterrados de muerte es el que sueñan los verdugos. Y no sólo cuando se llaman Franco, su más seguro servidor, sino cuando se llaman Churchill, Bevin o Truman.

Y nosotros, los españoles, los enterrados y los desterrados, los más vivos que muertos, empeñados en no querernos aterrar. Porque nos queremos enterrar. ¡Aunque nos entierren o nos destierren, que es lo mismo, porque nos entierran o nos destierran, vivos! Más vivos que muertos estamos todavía, por increíble que parezca, los españoles no aterrados, ni por sideral ni por atómico espanto: ¡si estamos, desde siglos, curados de espantos! Y en pie, hasta los más muertos. Como España, en un grito. Y los que tienen ojos para oír y oídos para ver, oyen y miran ese grito, se oyen, se ven a sí mismos en ese grito: y hasta por él se entienden o se desentienden mejor, de sí y de nosotros, que *de todo tiene*, como le decía la cabeza encantada a Don Quijote. Y algunos hasta dicen que se aterran: ¿de qué se aterrarán?

Nosotros no nos aterramos. Estamos, digo, curados de tantos espantos. Dejamos a los muertos que entierren a los muertos, como quiere la palabra evangélica; y a los desterrados que se desentierren a sí mismos: por el recuerdo, por la memoria toda llena de sangre. Avivar esa memoria sangrienta en el destierro es, para nosotros, hacer patria: la patria que nos están deshaciendo dentro, los traidores a ella, y fuera los que les pagan esa traición. Recordar es para nosotros, los des-

---

field, a Judith Kelly, no se lee a Quiroga. Se publican las obras completas de Hugo Wast, no las de Horacio Quiroga. La pasión nacional, señaló el agudo Fiejóo, es un afecto delincuente. No hay nada más dañino que el falso patriotismo, que la sobreestimación del propio país por lo que tiene de humillante para el vecino, por imponer desvaídas glorias estentóreas que se asientan sobre la irresponsabilidad de una conquista o el despojo de una libertad. Pero un escritor, un artista, enriquece la sensibilidad nacional, es una fuerza de cohesión, un vínculo fraterno. Nos sentimos honrados y orgullosos de que un Sarmiento, un Echeverría, un Alberdi, un Cambaceres, un Lucio V. López, un José Hernández, hayan nacido en la Argentina. El espíritu es la gran fuerza motriz de la humanidad. Desentraña lo perdurable de las gentes y de los paisajes en función de una realidad que no aspira a otra cosa que a crecer por dentro. Y para él, como para Martín Fierro, siempre la tierra será chica "y pudiera ser mayor..."

Arquímedes pensó, sumergido en el baño, que los cuerpos perdían peso metidos en el agua. El hombre sumergido en el sueño —la muerte es un sueño también— gana alas que le empujan hacia arriba. ¿Quién es capaz de detener el ímpetu de la raíz, del pájaro, de la correntada? La miseria que reseca la tierra, el árbol y el río. Quiroga la conoció, felizmente para todos, cuando ya nos había regalado lo mejor: su obra. El sol de los muertos ilumina ahora su nombre.

terrados, otra cosa muy diferente de la nostalgia: porque es fe y esperanza vivas. Si fuera de España deshacen nuestra tierra sus más históricos enemigos exteriores, fuera también de ella podemos seguir defendiéndola nosotros, los desterrados, y mejor, a veces, que dentro. Siempre que no callemos. Siempre que no nos dejemos aterrar, ni enterrar. Aunque llevemos, y porque llevamos, la memoria llena de su sangre; con la muerte en el alma, porque con esa misma sangre mortal nuestra sembramos nosotros su vida. La sangre española popular vertida canta esta verdad a voz en grito para todo el que sabe escucharla dentro de sí verdaderamente.

¿Qué nos dise ese grito, esa sangre, *sepultada en maravilloso silencio?*

Nos dice que nos acordemos, que no perdamos en nosotros, por sangrienta, esta viva memoria. Recordemos, pues, algo de aquello. Recordemos, ahora en que se le pidió a los españoles enterrados que votasen por su Reino, recordemos de qué tenebrosa Monarquía se trata. Que no sólo es la de los monárquicos nazi-fascistas enmascarados de todo lo contrario, sino algo más; mucho más y mucho peor. Los renacuajos del monarquismo histórico, que desde el popular advenimiento republicano de la primavera del treinta y uno estuvieron pidiéndole Rey a los poderes exteriores jupiterinos, primero en inglés, luego en alemán, y hasta en italiano y casi en portugués, y, por último, en inglés de nuevo, protestaron, como las ranas de la charca fabulosa, de los reyes de palo que les ofrecían: hasta que tuvieron que tragarse al dragón, que es, como en la fábula, el que se los ha tragado a ellos, que sigue tragándoselos —¡y ni siquiera le hacen daño!— porque está acostumbrado a nutrirse de basuras, de toda especie de bichejos fangosos y hasta de la sangre podrida de los renacuajos de la charca monarquizante.

La tenebrosa Monarquía, el sombrío Reino terrorífico, para cuyo voto se les ha pedido a los españoles que callen, que voten sin voz, sin habla, sin palabra viva, es muy otra cosa de aquella zarzuelera monarquía restaurada que aún sueñan con nostalgia los agonizantes renacuajos encharcados en su memoria, podridos en ella como en un estancamiento infernal de aguas muertas.

Porque es la misma del dragón que se los ha tragado a ellos, después de haberlos utilizado hábilmente para su propio empeño. Que es empeño fatal para la España que traiciona; como si para salvarse a sí mismo y a los amigos, el Caudillísimo, la empeñara o hipotecara en su presente y porvenir a los peores enemigos de ella. Que este nuevo y tenebroso y sombrío Reino, para el que se les pidió el voto sin voz, a los españoles, tiene tras sus nebulosas apariencias fantasmales, restos ruinosos todavía de su fracasado Walhala germánico, otra realidad cuyo nombre es el de colonia británica, sumisión, esclavitud; es independencia y soberanía popular española sacrificada, como una res, al hambre atrasada de los imperiales insulinos en crisis. El bulldog inglés, que lame la mano del Caudillo por el sabor de la sangre española que la mancha, no encontrará otra cosa en nuestra tierra más que los huesos, cuando llegue si llegan a pisarla. Los huesos o esqueletos de su Estado muerto: su propio reflejo fantasmal en la muda charca sangrienta.

Por eso, y por mucho más que eso, digamos nosotros que ese Reino no es nuevo, que es el mismo Reino de la supuesta muerte de España, cuya tutela se confía, como dignos ejecutores testamentarios, al Caudillo traidor, a un Obispo sacrílego, simoníaco y romanomista, manchado hasta la médula de oprobio (¡los conozco bien!), y a los consabidos levitas lacayunos de siempre. ¿Pues no os está gritando en los oídos y en los ojos, contra eso, contra todo eso, con voz atronadora y relampagueante —con voz, pero sin voto— la sangre popular de España?

ALTAGRACIA

Por *Agustí Bartra.*

(*Envío del autor.* En México, D. F.)

Desde el primer momento he comprendido que mi amigo es un hombre acabado. Casi no le he reconocido. Flaco, con la mirada mortecina y una manera extraña de sonreir continuamente levantando el labio superior en una mueca cruel.

Vive al lado de la iglesia del pueblo, en una casita de madera pintada de amarillo. Y con él vive una mulata: Altagracia. Es una muchacha alta, esbelta, que se mueve silenciosamente y sólo habla para contestar.

He dicho a Romeu, mi amigo, qué mañana empezaré a trabajar en el bosque, en la tala de árboles. Me ha contestado con un monosílabo. Da la impresión de que sólo vive para sus pensamientos, que no le interesa nada de este mundo. No obstante, antes de irnos a dormir hemos sostenido una corta conversación.

—No hago nada —me ha dicho—. No puedo hacer nada. Me encuentro indefenso. Dejé de cultivar la tierra. La sentía como una mujer fácil, sin amor. Además, no podía soportar el esfuerzo físico del trabajo. Más tarde, guardé vacas, estuvo como dependiente en una pulpería... Ahora, no sé... Tengo la sensación de que me hundo... Como de lo que gana Altagracia sirviendo algunas horas al día en casa del síndico.

Intento alentarlo. Pero me interrumpe:

—No me salvaré. Me conozco. Mi capacidad de resistencia se ha agotado. Me muevo por inercia. Sé lo que me digo. Tú no me puedes salvar. ¿Altagracia? No sé lo que representa para mí. Quizás la única cosa que no odio. Nada más. Pienso muy a menudo en mi país. Hubiera sido mejor no huir... Morir allí tenía algún sentido. Pero, mira, no tengo ganas de hablar de todo eso. Tú ya sabes... Sólo quiero decirte que todo es inútil.

La noche era clara. Las estrellas tienen un titilar azul, intenso. Un caballo, muy cerca, relincha, larga, dolorosamente... Siento la proximidad silenciosa de Altagracia detrás de nosotros.

—A pesar de todo —dice mi amigo— dentro de mil años estas estrellas continuarán brillando...

Me he adaptado pronto, pronto he aprendido a usar el hacha. El trabajo empieza con el alba y no termina hasta el anochecer. Durante todo el día oigo la canción monótona del hacha, los gritos de advertencia de mis compañeros cuando empieza a inclinarse algún árbol, el paso de los bueyes arrastrando los troncos de los cedros hacia el aserradero, la música del viento en las ramas... Vivo como ignorándome a mí mismo en medio de la corpulenta altura de los árboles. Esta vida primitiva me simplifica, me vitaliza, y cuando llega la noche, me tiendo, exhausto, en la yacija de hojarasca, dentro de la cabaña que me he construído, y me siento casi sin recuerdos.

Me basta el perfume de la resina, la sucesión de noche y día, el sol brillando entre las ramas de los árboles, el ruido del agua del torrente, los ladridos de los perros... Las noches son tan frescas que a menudo tenemos que encender hogueras, y sentado cerca de las llamas, escucho las conversaciones de mis compañeros hasta que el sueño me vence.

No pasa día sin que caiga algún aguacero. No lo advertimos hasta que las ráfagas furiosas y los relámpagos se suceden rápidos. Las gotas, al principio, quedan suspendidas arriba, en las frondas murmurantes y luego se escurren por los troncos. El bosque es tan espeso que si la lluvia es de corta duración no llega a mojar el suelo. El arco iris aparece cuando el sonido de las hachas deja oír de nuevo su ritmo...

Bajo muy raras veces al pueblo.

Pero hoy he bajado. Ato mi caballo al *flamboyant* y entro en casa de mi amigo. Reina una gran oscuridad aquí dentro. Sólo en el dormitorio, en un rincón, brilla la luz mortecina de un candil. Llamo, pero no contesta nadie. Voy a salir a la calle, cuando me parece oir ruido en la habitación contigua. Nada. Pero desde aquí percibo, de una manera clara, como una sorda queja, débil, intermitente. Parece el plañido de un animal herido en la oscuridad y suscita en mí una rara angustia. Escucho con una atención dolorosa. No, un animal no se quejaría así. Vuelvo a llamar, levantando la voz, que tiembla. De repente, comprendo. Alguien está sollozando. Corro de nuevo hacia el dormitorio y veo a Altagracia acurrucada en el rincón opuesto donde quema el candil.

—¡Oh...! ¡oh...! ¡oh...! Los sollozos la sacuden a intervalos regulares. Le hago preguntas y la toco, en vano. Ni que la golpease hasta matarla me oiría, tan presa se encuentra de un dolor que ignoro. Durante un momento pienso que la causa de ello sea que mi amigo la ha abandonado. Debe hacer muchas horas que está así, porque llora sin lágrimas. Contra este sollozar indestructible, profundo como el abismo de la noche, no hay refugio ni consuelo.

—¡Oh...! ¡oh...! ¡oh...! Para no oírla, me tapo los oídos con las manos. Miro por la ventana. La sombra del *flamboyant* hace invisible al caballo, pero oigo el ruido de sus cascos contra el suelo. La mecha del candil crepita. Mi corazón late con el ritmo de los sollozos interminables.

—¡Oh...! ¡oh...! ¡oh...! Diríase que está acunando su desesperación infinita. Quisiera hacer algo. Acercando mi rostro al suyo, exasperado, la llamo una y otra vez. Sus ojos abiertos, llenos de un terror inmóvil, no me han visto y su cabeza vuelve a caer pesadamente. Pero unos momentos más tarde, extiende su brazo señalando la puerta que da al jardín...

Al llegar al dintel, retrocedo, lanzando un grito. Acabo de ver la sombra del cuerpo de mi amigo Romeu colgada de un árbol...

Ahora ya no oigo el sollozar. Un alboroto de voces llena la estancia. Alguien pide que se descuelgue al muerto. La indiferencia excitada de aquella gente me horroriza. Nadie hace el menor caso de Altagracia. Entran dos hombres: uno de ellos lleva una linterna. Huiría.

Cuando el síndico del pueblo llega, se produce un súbito silencio. Desde la puerta de

la habitación mira hacia el jardín, mueve la cabeza y dice:

—¡Caramba!

Esta mañana, muy temprano, Altagracia ha venido a traerme algunos objetos que pertenecieron a mi amigo. Por la noche ha vuelto. Ha entrado y se ha quedado mirándome, sin decir nada.

—¿A qué has venido? —le pregunto.

—Quiero quedarme aquí.

—¿Por qué?

En vez de contestar ha dejado un hatillo sobre la mesa y luego ha echado aceite al candil. Al cabo de un rato, en un tono de gran humildad, ha dicho:

—Si tú lo quieres.

Me encojo de hombros, pero no me niego. A pesar mío la observo. Por primera vez advierto que no es fea. Su frente ancha y baja armoniza con los pómulos salientes y con la boca, de labios gruesos y pálidos. En sus ojos, negros y brillantes, hay una expresión de sorpresa infantil y nostalgia; miran sin atención, como si en vez de aprehender la visión de la realidad, su mirada sólo supiera verterse con suavidad, acariciar lo que mira. Su cabellera, que le llega hasta la cintura, la hace parecer menos alta de lo que es.

Ella se da cuenta de que la estoy mirando y sonríe. Le devuelvo su sonrisa. Entonces se me acerca, se sienta en el suelo y empieza a desabrocharme los zapatos... Al inclinarse le ha caído la flor roja que llevaba prendida en sus cabellos.

Con la inactividad ha vuelto el fantasear y el pasado renace en las horas inmóviles. El silencio del bosque mojado me llena de inquietud. Los ojos de Altagracia interrogan las arrugas que surcan mi frente. Vuelve a invadirme la inquietud de las raras esperas. Obsesionante como un ritmo de maracas, una llamada oscura repercute en mi ser y, jadeando, huyo hacia el bosque, poseído de un deseo irresistible de correr, de agotarme en una carrera sin objeto. Al regresar, encuentro siempre a Altagracia esperándome a la puerta, desarmada de todo gesto de reproche, sin impaciencias ni temores, como una rama espera el aliento de primavera...

Y es en las tardes cenicientas, cuando la monotonía de las horas se acumula en mi alma y hace más pesada la carga del tiempo; en las noches invadidas de densos perfumes y cruzadas de visiones, es entonces cuando, súbitamente, me pongo a hablarte durante horas, en un idioma que no comprendes. En realidad me hablo a mí mismo, sostengo diálogos entre mi impotencia torturada y el fuego de mis deseos. Tú me escuchas con la cabeza inclinada sobre el hacha, y te basta el sonido de mis palabras. Si tú comprendieras, yo seguramente callaría. Pero te lo puedo decir todo, y las palabras me van calmando poco a poco. Ayer, mientras te hablaba, te pusiste a llorar silenciosamente. No recuerdo de qué hablaba. Quizás intuiste que mi vida está hecha de partidas y que en mi voz temblaba una insinuación de despedida. Tus lágrimas me ayudaron a comprenderme. No hice ningún esfuerzo para consolarte. Acababas de darme una certidumbre que yo buscaba desesperadamente por el caos de mi espíritu, y me sentía feliz. No soy de aquellos que saben dar la caridad del consuelo. Las estrellas de este país están muy altas. Pero ya las he visto todas en tus ojos. Hace tiempo que voy con mis raíces segadas y el viento del ancho mundo las ha encendido. Tus lágrimas me dijeron que la canción de la isla —canción de desvarío— se está acabando. Esta vez no habrá un final de sollozos porque la mueca de la muerte no será mi despedida... ¡Ah, esta impresión de sentirme casi sin pasado! Viviendo he descubierto que la realidad sólo existe intensamente en mí cuando se ha convertido en imágenes. Altagracia: mi destino me llama, y tengo que obedecer. La hora de las últimas caricias se acerca. No bajes la cabeza como ofreciéndola al sacrificio. De ti me llevaré el jadeo de tus fáciles abandonos, la línea esbelta de tu cuerpo de caoba es posible que la sueñe, tendida en toda su desnudez sobre un lecho de arco iris, quizás abriré mi mano a futuras lluvias pensando en tu aceitosa cabellera... Te sé vinculada a esta tierra cálida, a estos árboles, a las nieblas que se deslizan de las cumbres hacia el valle... Todo eso ahora no importa. He perdido el hábito de las despedidas. Mañana quizás volverás a estar sola y, con tu hatillo, tendrás que buscar a otro... Mientras tanto, yo caminaré hacia el alba que arrancará para mí una nueva rosa de los vientos...

NOTICIA DE LIBROS

(Colaboraciones)

El deslinde, de Alfonso Reyes.-
Fondo de Cultura Económica, México, D. F.

Cuando Aristóteles dijo: "En estas tres cosas consiste la imitación, que son: con qué, qué cosas y en qué modo se imita", dejó establecida la ciencia del deslinde en la literatura. En nuestro tiempo, y en este libro, Alfonso Reyes penetra en el macrocosmos de la literatura con un poder de discriminación extraordinario. Entra en el fenómeno de la palabra y separa sus esencias, lo literario de lo no-literario, con la pericia de un químico. Sólo que al tratar una materia cuya sustancia es el discurso, el *logos* elaborado en las retortas de la mente y en el sucederse del tiempo, nos ofrece los resultados de su labor en un trabajo de alta escritura. Porque, he aquí un humanista que va de la mano con el artífice.

Usando las últimas aportaciones de la cultura, Reyes consigue, entre nosotros, completar el ensayo necesariamente limitado e inconcluso de Aristóteles (su *Poética*). Y hay hasta un modo aristotélico en el suyo, al deslindar ciertos aspectos. Naturalmente, desde entonces acá hemos ganado en libertad de creación artística, y no puede darse, así, con motivo del libro de nuestro mexicano, las batallas que entre Lope de Vega, Cervantes y otros, originara la preceptiva aristotélica.

Deslinde (355 páginas) es disertación, y conversación en mucho, como, en efecto, resulta una ampliación de las lecciones sobre Ciencia de la Literatura —según el autor nos advierte— dadas en el Colegio de Morelia, México, en 1940. (¡La conversación de Alfonso Reyes! ¡Que nos fuese dado oírla de nuevo! A Reyes hay que buscarle su Eckermann). Y sirve de introducción a *La Teoría Literaria* y otros trabajos que anuncia irá publicando.

A *Deslinde* precedieron dos obras suyas de igual tema y de valor permanente, canales entre la Grecia clásica y nuestro Occidente: *La Crítica en la Edad Ateniense* y la *Antigua Retórica*, a las cuales podría agregarse *La Experiencia Literaria*, todas ellas publicadas entre 1941 y 1944. La inteligencia creadora de Alfonso Reyes no tiene par en estos momentos en la América hispana. Lo *Daemonic*, inquietud, poder de acción irresistibles, que explicaba Goethe, parece lo tuviese cogido.

Divide en siete etapas su deslinde: la función ancilar; historia, ciencia de lo real y literatura; cuantificación de los datos; cualificación de los datos; la ficción literaria; deslinde poético; y matemática, teología y literatura. Cada etapa es un vivario de fenómenos correlativos. No deja piedra sin levantarla.

Deslinde constituye, por su dimensión humanística, una obra única en la república de las letras hispanoamericanas, caracterizada hasta ahora por la realización poética y el intento novelístico, con brillantes ensayos entre estas dos expresiones de la mente. *Deslinde* es, pues, una invitación a la creación heroica, dirigida a los hombres de buena voluntad de nuestra América.

Libro, no para leerlo. Libro para estudiarlo. Libro con misión, como la *Poética*, para iluminar al *Grande Alejandro*. Atravesarlo, es vivir una milenaria jornada de experiencias de la cultura. Y nos sentimos, al final, fascinados en el centro de la trama —la historia— trama de la tragedia de la civilización, como gusta llamarla Arnold J. Toynbee, el humanista inglés.

Manuel Crespo.

Washington. Julio. 1945.

El alma de China, de Juan Marín.
Un documentado libro sobre China.

En un volumen de 450 páginas impreso bajo el sello "Editorial Claridad" de Buenos Aires, Juan Marín ha lanzado a la publicidad su gran libro intitulado *El Alma de China*. La obra está dividida en doce capítulos, a saber: Poesía, Pintura, Jade, Música, Arquitectura, Teatro, el Emblema del Dragón, el Pie Vendado, China y Occidente, el Sueño de la Cámara Roja, Novela China Contemporánea y las Ruinas de Angkor.

Sobre el gran poeta chino Li-Po, hace una semblanza bella y profunda, aportándonos esta anécdota: "Su temperamento era violento y desigual —nos dice—. En cierta ocasión un joven aprendiz de poeta lo interrogó: —Decidme, maestro, ¿cómo podría yo llegar a ser un gran poeta?

Li-Po respondió: —Aprended primero, detenidamente, todas las reglas de la poética y después atropelladlas una a una".

A continuación, el paralelo y contrapunto que hace entre Li-Po y Tu-Fu, tiene señalados méritos psicológicos y sociológicos. Nos dice: "En Tu-Fu y Li-Po, ejemplares excelsos, se encarna esta antinomia que divide en dos todo el arte poético de China: el primero era clásico y confucionista; el segundo romántico y taoista".

En relación con la pintura china, con gran acuciosidad señala su órbita en extremo contrapuesta a la pintura occidental y a los ideales griegos sobre la belleza del desnudo.

El capítulo dedicado al Jade, no decae en interés. Verbigracia, traza correlaciones, como la siguiente: "Recuérdese el "similia, similibus curantur" hipocrático, base de la Medicina homeopática y establézcase qué conexiones hubo entre los antiguos médicos chinos y los sacerdotes-curanderos de los aztecas que tenían en tan alta estima el "Chalchihuilt" (jade verde) en las "enfermedades de aguas".

Al hablarnos de la arquitectura china, con pulcritud y exactitud nos traza el mismo pa-

ralelo que divide a la poesía: de un lado el taoísmo que subordina todo a la naturaleza y del otro el confucionismo que es todo orden y ponderación. Expresa: "El chino no aspira a aislarse de la Naturaleza, sino por el contrario a acercarse más a ella. Si hay una idea de reclusión en la mansión china, ella es del hombre con respecto al hombre, mas no del hombre respecto de los elementos de la Creación".

El capítulo dedicado al teatro chino, es tal vez uno de los más curiosos y apasionantes para el hombre occidental. Teatro en el cual los papeles femeninos son realizados por hombres y en donde el decorado debe imaginárselo el espectador, casi en su totalidad. Finalmente, en relación con este tema, hay un cúmulo de detalles que Juan Marín analiza con verdadera maestría.

Los análisis que nos hace del fetichismo del pie vendado y del mito del dragón, cuentan con los eficaces conocimientos del autor en asuntos científicos y además, con una prolija documentación que los hace verdaderos modelos en sus respectivos géneros.

Pero, tal vez, nada produce mayor impresión en el lector occidental de esta serie de ensayos sobre China, que la relación que nos hace Juan Marín, acerca de cómo este país se ha occidentalizado en los últimos 30 años. Son capítulos en que se ve, nítidamente, la unidad avasalladora e indestructible del mundo de hoy.

En suma, estamos ante un libro que honra a Chile, por intermedio de su escritor y diplomático Juan Marín, pues es un verdadero termómetro que marca el grado de madurez que ha alcanzado la cultura nacional.

Antonio de Undurraga.

SEIS POEMAS NUEVOS

(*Atención de la autora.* En Washington, D. C. 1947).

VIENTO ATREVIDO

Deja ya de perseguirme,
viento atrevido del norte,
déjame que estoy cansada,
quiero tenderme en el monte.

¿Quieres mi cinta de seda,
quieres mi anillo, mi broche?,
ténlos, viento, pero déjame,
quiero estar sola en el bosque.

He corrido tanto, tanto,
desde el día hasta la noche,
salté ríos en mi huída
y atravesé el horizonte.

Deja ya de perseguirme
viento atrevido del norte,
déjame que estoy cansada,
quiero tenderme en el monte.

POR EL MUNDO

¡Qué distraída voy por el mundo,
por esta feria inmensa!
Sigo el canto del viento
y me detengo emocionada ante las cosas.

Mi corazón aventurero
no descansa jamás.
A él le gusta asomarse por las almas
y percibir su brillo.

La luz lo transfigura,
él espera un milagro a cada instante.
Entre las voces hondas del espacio,
ha escuchado su eco y lo persigue.

3

¿Cómo podré escaparme de la sombra?
¿Hallar un asidero en qué apoyarme?
Se escurre de mis labios la oración
y no tengo otra cosa que mi llanto.

Como un cáliz vacío está mi cuerpo.
Voy sin rumbo en la tierra. ¿Y hacia dónde?
Soy fantasma extraviado, en agonía,
y espero la presencia de la luz.

La luz como una hostia que me llene,
una puerta de escape en las tinieblas.
Daré por ella lo que yo más quiero,
el tesoro caliente de mi sangre.

4

Aquí estoy otra vez,
encerrada en mi anillo de silencio...
Queriendo adivinar la voz del mundo
que llega a mí confusa.

Oigo de lejos al dolor,
no sé el canto del gozo.
Una pared de niebla me rodea
y es de fuego mi angustia.

Ven a mi ayuda, viento,
rompe mi cárcel leve
y llévame a una isla sin murallas
donde pueda escuchar todas las voces.

ME ESCAPARE

¿De qué otro mundo vengo?
Recuerdo una playa lejana...
Cuando me acerco al mar
mi corazón se ensancha.

Soy extraña en la tierra.
(¿Lo adivinas?)
Vine a buscar mi canto.

Aléjate de mí...
Cuando encuentre la voz de las cosas eternas,
me escaparé, sin huellas, con el viento.

6

Quiero desde mi infancia
escalar climas nuevos,
y esta noche de angustia
voy a emprender el viaje.

Vivo algo intenso, grande...
En mi nave de ensueño
subiré hasta los astros.

Tendré al viento de guía,
y mi silencio oscuro
se llenará de canto.

Quizá ya vuelva, espera...
Con el alma encendida
podré romper las sombras del regreso.

Claribel ALEGRIA.

CANTO ABORIGEN

(*Envío del autor.* Ex-Inspector de Educación del Darién. Rep. de Panamá).

A Catalino Murillo García, con el amor de nuestra tierra y nuestra raza.

Yo vengo de las Montañas
altivas de mi Darién;
soy hijo de sus entrañas
y como yo no hay quién.

No me hablen de grandeza
ni de poder soberano,
ni de acero toledano,
ni de tronos ni nobleza;
es mi sierva la belleza
sin artificios ni mañas
y las doctrinas extrañas
mi alma rechaza altanera,
porque envuelto en mi Bandera
yo vengo de las Montañas!

No me importa la fortuna,
pues soy libre y soberano,
soy el Indio americano
y cual mi raza ninguna;
toda lisonja importuna
yo la miro con desdén,
desprecio el Oro también,
por quien los viles mataron
a las Tribus que encontraron
altivas de mi Darién!

Desde los Ríos a los Montes,
todo es grande en mi tierra:
hirviente su Mar que aterra,
inmensos sus horizontes,
armoniosos los Sinsontes,
que trinan en sus Montañas;
bravas Serpientes y Arañas
se tropiezan por doquiera,
y de esta tierra altanera
soy hijo de sus entrañas!

Bajo el subsuelo tengo Oro;
en el Bosque la Madera;
en mi Mar la Ostra-perlera
y en mis Montes canta el Loro.
Es inmenso mi tesoro
y mi dominio también,
soy el Indio del Darién,
de mis Selvas engreído,
soy el brujo más temido
y como yo no hay quién!

Luis N. Eraso A.

La Palma, Darién,
12 de Julio de 1947.

SEÑALAMOS ESTA ERRATA:

En la pág. 168 del número trasanterior, el 11, en el poema *Fatiga*, de Román Jugo, el *primer verso* de la *cuarta estrofa*, ha de leerse así:

Hoy estamos ya lejos de viriles desplantes:

Discúlpenos el apreciado autor. Qué pena.

DIARIOS EN LA ESCUELA Y ESCRITORES SIN DIARIO

(De *El Tiempo*, Bogotá. Dicbre. 30 de 1946)

En un congreso de educadores celebrado hace algunos meses en la ciudad de Nueva York, se puso en discusión la conveniencia de introducir el periódico diario en las escuelas de segunda enseñanza, para ser estudiado por los alumnos. Se ha añadido en esta alusión el calificativo de segunda enseñanza para los institutos a donde se pensaba llevar diariamente el periódico, porque es de suponer que los niños de primeras letras no estén preparados para absorber el contenido de algunos órganos de opinión. Sin embargo, es de estricta justicia referir aquí, con relación a la diferencia de nivel mental entre los escritores de periódicos y los niños de las escuelas elementales, una anécdota de cuya autenticidad responde el autor de estas líneas. Viviendo en Londres este escritor, recibió de un educador centroamericano la súplica de informarle si había en Inglaterra una publicación periódica, diaria, semanal o mensual, destinada, exclusivamente, a niños de nueve a doce años. El interesado traía entre manos publicar en la ciudad donde ejercía el magisterio, un periódico para niños de tal edad, y quería tener el ejemplo de un viejo país sin analfabetos, para guiarse en su filantrópica empresa. Acudió el colombiano residente en Londres a la tienda donde se proveía, diariamente, del diario de sus simpatías, y le preguntó al vendedor de periódicos si podía recomendar un diario, una publicación semanal o mensual propia para la inteligencia promedial de niños no menores de nueve ni mayores de doce años. Sin vacilar, el agente de publicaciones dijo tener uno muy propio para las personas a quienes se refería mi solicitud y metiendo la mano debajo del mostrador, retiró de allí, con aire de convicción y de absoluta seriedad, el número del *Times* de esa fecha.

Algunas personas dudan de la verdad de este suceso, o se lo explican como un rasgo humorístico del encargado en ese barrio de la gran ciudad isleña, de difundir, diariamente, entre sus parroquianos, las verdades, las suposiciones y las mentiras inocentes o intencionadas que pone en circulación, diariamente, la prensa de Europa. Muchos años de trato con este personaje hicieron nacer en su cliente de aquellos días la noción de que carecía en absoluto del sentido del humor, reemplazado en él por un vivo sentimiento del número y una noción descarnada y fría del objeto de la existencia.

Antes de pasar adelante conviene advertir que el dueño y director del mencionado diario, en aquellos días, se había propuesto hacer de él un vehículo de ideas al alcance de todas las personas que supiesen leer. Uno de sus biógrafos, que fué también a su tiempo redactor y corresponsal del diario, refiere que leyendo el propietario en las pruebas de un editorial la frase de Bismarck, "no iremos a Canosa", preguntó lo que significaba, y dispuso que la retiraran, porque si él no la entendía, tampoco tendría sentido para la mayoría de sus lectores.

Esto autoriza para creer que, en efecto, se podría introducir el diario a la escuela de segunda y aun de primera enseñanza, pues en lo general, la mayoría de los escritores sanos hacen, escribiendo, un esfuerzo máximo por llegar en su exposición de hechos o análisis de pensamientos al mayor número de inteligencias. Es notorio, además, que gran número de diarios preparan sus ediciones con la mira puesta en muchas clases de lectores. Hay páginas para las señoras en que se trata, principalmente, de modas y labores; las hay destinadas a los hombres de negocios; hay quienes cultivan las humanitarias inclinaciones de agricultores y ganaderos; en los editoriales solemos hacerles competencia a los fabricantes de medicinas para conciliar el sueño, y las tres cuartas partes de una página, dedicada a las historias gráficas, atraen a los niños de nueve a doce años, y a niños de mucho mayor edad con fascinaciones irresistibles. Teniendo el diario tan variadas secciones y propósitos, no hay razón ninguna para creer que el diario estuviese fuera de lugar en la escuela, o que su nivel general de espiritualidad fuese tal que no lo pudiesen entender los niños que hoy asisten a los liceos de bachillerato, dicho sea dentro del sentido pedagógico de esta infortunada palabra.

Tiene tangencias con estas consideraciones una carta de persona atraída no sólo por la bella idea de hacer llegar el periódico a todas partes, sino la de crear un diario para todos los escritores. Este generoso y persuasivo corresponsal, obsesionado por la idea de que hay muchos escritores deseosos de comunicarse con el público, anhelo que no pueden llenar, por ser escaso el número de los diarios, de un lado, y de otro por estar, según él imagina, estas empresas ya dominadas por publicistas que han ocupado todas las columnas de los diarios conocidos, propone la fundación de un diario, como sociedad anónima, en que tomen acciones cuantas personas se sientan capaces de escribir en Colombia. Aunque no se explica muy claramente el corresponsal, parece que su idea es que cada accionista sea un colaborador del diario. En tal manera cree el autor de la carta, cesará la inquietud surgente de no haber un órgano de publicidad para todos los escritores. Y no se perderán entonces muchas ideas que hoy nacen en el cerebro de estas gentes cuya actividad intelectual no ha logrado aún hacerse extensiva a las columnas de los diarios.

La sola objeción material que un ánimo desconfiado podría hacerle a esta aventura, sería que el corresponsal de que se habla, parte del principio de que toda persona que puede escribir es un escritor. Y en tal carácter podría tomar acciones y adquirir el derecho de comunicarse con el público en el diario, no sin ser pagado por su cerebración, y no sin participar en los dividendos de la sociedad. Es preciso advertir que no todo hombre que sepa escribir es una actividad mental apta para ejercer el oficio de periodista.

Ocurre que como a todo niño le enseñan a escribir en la niñez, y en el liceo adquiere principios de retórica, todo cristiano que ha asistido a la escuela se cree un escritor. Es como si a todos nos dieran en el liceo conocimientos sobre ebanistería. Nos creeríamos todos capaces de fundar una fábrica de muebles. Pero para ser ebanista hay que acumular conocimientos especiales, y un caudal de experiencia indispensable. No toda criatura puede asumir la profesión de ebanista. Si no sabe geometría descriptiva, si ignora el nombre y la calidad de las maderas, si no tiene la herramienta, y si no sabe hacer uso propio de ella, corteja el desastre, así sea en sociedad anónima, en comandita, o atenido a sus solos recursos. Aunque todo el mundo sabe escribir (menos los analfabetos), no todo el mundo es escritor. A más de la materialidad de escribir y de las reglas del arte de comunicar el pensamiento, debe el escritor saber muchas otras cosas, poseer una cierta experiencia de la vida, y haber nacido con vocación para el oficio. Lo principal es la vocación. La experiencia se adquiere con el tiempo, si la capacidad de almacenarla existe; las artes retóricas pueden venirle naturalmente al escritor de vocación. Benvenuto Cellini sabía tallar el mármol, modelar el yeso y fundir el bronce, no hizo estudios de escritor, pero dejó, sin saber escribir, un libro eterno como su lengua. Dicen que Gorki, a las 21 años, no sabía escribir, y para llegar a ser un escritor de eficacia primordial y de sentido humano profundo y expansivo, no le hizo falta tener periódico, ni acciones en una empresa editorial. Tenía qué decir. Ahora, hay muchos escritores que no tienen nada qué decir. A éstos las acciones en una compañía anónima probablemente no les iluminarían el cerebro para descubrir y expresar ideas propias, bella y perspicazmente.

Es muy posible que hoy, a pesar de la difusión de la enseñanza, de la baratura y abundancia del libro, se malogre tal cual talento de escritor. Pero lo más seguro es que el escritor de vocación, de verdadero talento, surge con el tiempo aunque el ambiente primero le sea impropicio. A veces, después de ser conocido, el grande escritor ha de luchar para mantenerse a flote y conservar su reputación más que para surgir y hacerse conocer. La vida es una lucha cada día más cruda y más acerba, no sólo para el que desea ser escritor y para el que debe conservar su reputación, cuando la tiene, sino para el político, para el hombre de negocios, para el apóstol y el volatinero con acciones en compañía comercial, o sin ellas.

B. Sanín Cano.

Una Imprenta para REPERTORIO

Este noble propósito del escritor venezolano Aquiles Certad, sigue su curso, en Costa Rica y en América.

Anotamos las últimas contribuciones:

La señorita Profesora Graciela Carrillo, en la Universidad de Minnesota, contribuye con	$ 4.00
El Dr. Juan Marín, en El Cairo, contribuye con	5.00
Don Abelardo Chacón, contribuye con	₡ 20.00
Don Bolívar Ugalde V., contribuye con	5.00

Seguiremos anotando las nuevas contribuciones que nos lleguen.

En San Juan de Puerto Rico consigue Ud. la suscripción a este semanario con:

A. VICENTE & CO.

P. O. Box 241

En Caracas, lo consigue con:

Doña Celia de Maduro

Apartado 281

¡HOGARES, NO PRISIONES!

Por Lic. *Carmen Vilchiz Baz.*

(*Atención de la autora.* En México, D. F., 1947).

...alguna vez hemos visto cómo dormitan los chicos callejeros en el hueco de una puerta... hemos mirado sus manos "partidas", sucias, sangrantes, pedir limosna... hemos sentido el pisotón grosero de un raterillo que huye...; alguna vez, también hemos sentido vergüenza de mirar su astrosa figura, oyéndoles usar un vocabulario indecente.

Todos hemos vivido escenas callejeras enojosas, hasta ridículas, provocadas por esos "hijos del arroyo", muchos de ellos parias, hijos de padres desconocidos, de madres proscritas, hijos de la miseria y del dolor, que jamás han tenido infancia. Brotaron en una sociedad que les rechaza de su seno, que les desconoce. Son los intrusos, los réprobos, son fardo, mugre, miseria, piratería, ladrones y victimarios de sus propios hermanos... Como si los hombres que vegetan en una situación económica normal, no hubiesen hurtado nunca, ni reñido, ni sentido el hambre que roe la entraña, ni el invierno que azota las carnes semidesnudas.

Esos hombres... no podrían comprenderlos, no pueden hacerlo porque no han sentido interés y menos afecto por esos niños vagabundos y miserables. No han podido mirarlos, nunca, como a hijos o como a hermanos, pero ¡ni siquiera como a seres humanos! ¡Cuántos de ellos murieron sin haber conocido el amor de una madre, o la caricia de una hermana mayor! Otros... delinquen, roban, riñen, hieren, aun matan, tratando de quitarle a la vida su ración.

Después... fatal e inevitablemente se les recluye. ¡Presos! uno, por un gitomate, otro por violencias cometidas al mandato de golfillos mayores. Sus actos inmorales, no son siempre conscientes. Algunos de ellos nada saben ni del Bien, ni del Mal. Jamás conocieron la vida o el trabajo en la acepción más pura de honradez. Nadie les habló de él, en aquella etapa de la infancia en que las palabras de los mayores o de los más experimentados son la llave mágica que franquea la puerta de lo desconocido.

Así corre su vida, entre fango, miseria, vicio, hambre y malas costumbres... siempre al margen de un mundo ajeno a ellos, que les rechaza horrorizados... Todos ellos siguen, siempre el mismo camino sin conocer otros estímulos que el del perfeccionamiento de la depravación y de la rufianería.

Más tarde...

Los encontramos perdidos en una característica unión de mezclilla, rapados, con la expresión amarga del preso. ¡Su único reproche a la Vida! ¡Su primera noción de injusticia! ¡Su primera sed de igualdad! Ahí están, en cualquier dependencia del Departamento de Prevención Social... perdidos entre sus hermanos de desgracia, sintiéndose víctimas de la incomprensión, del desamor, de la fatalidad causante de su infortunio.

¿Fatalidad? Sí. Todavía existe, en la conciencia social, imprecisa o manifiesta, la certeza de que no hay redención para seres como ellos... El pueblo condena, sin piedad, sus propias lacras, censura su propia impotencia, y olvida a sus propios hermanos.

Sin embargo, las ciencias y las leyes, en su tendencia humanizadora se han constituído en armas poderosas en manos de los más preparados. Si la Sociedad los condena, *unos cuantos* les ofrecen apoyo; si la Sociedad los rechaza... *unos cuantos* les acogen para darles mucho de lo que desearon, de lo que necesitan, y de lo que habrá de ser cosecha de su propio esfuerzo y redención.

Su "prisión" es un *hogar*, donde personas competentes, les ayudan, les instruyen, les corrigen... para volverlos a una vida sana, digna, respetable. Un *hogar* donde hallará estimación y cariño ganados por su propio esfuerzo, donde habrá siempre un amigo desinteresado; donde aprenderán a amar a su Patria, a amar la existencia que antes maldijeron.

Un *hogar* donde hay alimentos, ropa, cama limpia, baños, clases, maestros y empleados amigos. *Hogar* donde la convivencia les enseña a respetarse, a quererse; donde los estímulos les obliga a buscar la superación y dignificación propias. Donde su condición de seres humanos les haga portarse como tales. Un *hogar*... no una *prisión*.

A los que dudan de la eficacia de esos métodos, les sugeriría que visitasen los establecimientos; que se acerquen a esos niños tristes, miserables... que más que niños, han sido hombres pequeños, impotentes para luchar; que lleguen a ellos, que conozcan su tragedia, que amen sus ojos sombríos, y sus risas raposas; que estrechen sus manos encallecidas y enfermas; que toquen sus pies heridos y ásperos, como extremidades de bestias... Que los miren, que los conozcan, que los comprendan y los quieran si pueden... Y después...

...que se atrevan a difamar a todas esas Casas Hogares, que, siendo prisiones, tratan de borrar hasta de su nombre la impresión de cárcel... que pidan su clausura, que sigan evitando, por falso humanitarismo, la reclusión temporal, correctiva, de esos pequeños transgresores de la Ley.

Con los inevitables errores, de orígenes complejos y de desaparición lenta, el Departamento de Prevención Social, desarrolla una ardua tarea de depuración y redención en un ambiente hostil que dificulta y entorpece el desenvolvimiento de su trabajo. Tiene problemas graves que resolver, peculiares a todos los internados, y que presentan casos agudos de naturaleza específica.

Hacer hombres de bien con seres que sólo llevan en el alma una inmensa amargura, mala fe... vicios... que son sólo guiñapos humanos... hacer florecer plantas cuya raíz se ha podrido en el crecimiento... he ahí la difícil, la hermosa y compleja tarea de las prisiones de menores delincuentes que la necesidad y la piedad humana, llama *hogares*.

Un gran libro colombiano
LA BIOGRAFIA DE ZEA

Por *Alejandro Vallejo.*

(De *El Tiempo*. Bogotá 25, novbre. 1945).

Recientemente publiqué en *Sábado* un artículo, un poco a la manera de mis reportajes con la Historia, teniendo fresca aún la magnífica impresión que me dejó el libro de don Roberto Botero Saldarriaga consagrado a narrar la vida de Zea. Pero fascinado por el personaje, por la seductora figura del héroe, llevado por el encanto de sus aventuras, fué muy poco lo que alcancé a decir del libro en sí y de su autor. Y aun para las proporciones de una reseña de prensa, varios aspectos del protagonista se me quedaron en la sombra.

Posteriormente algunas personas me han hecho el reclamo: ¿Por qué no contó más? Y me han manifestado su sorpresa —por no decir su ignorancia— ante la extraordinaria existencia de este prócer.

El tema es muy vasto y lo mejor que puede hacer el lector es coger el libro, que una vez en sus manos no lo volverá a soltar, y algunos pasajes los releerá con renovado encanto.

Hoy el público comienza a apasionarse por ese tema del pasado colombiano que antes era profundamente desdeñado aun por los más cultos intelectuales. Y quizás no muy tarde, según afirman editores y libreros, la historia llegará a ocupar el primer puesto en el interés del público consumidor de libros. (Acaso con la única excepción de la pornografía).

Esta nueva curiosidad de un público que habitualmente sólo intrigan los relatos de la más viva actualidad, se debe al arte de estos escritores que como el señor Botero Saldarriaga están sacando la historia de esa cueva de telarañas en que ha reposado bajo pesadas lozas de monotonía.

El lector moderno es un ser demasiado ansioso, demasiado impaciente y vital, para complacerse en el espectáculo del pasado por por el pasado mismo. Lo que realmente le interesa en la historia es su reflejo sobre el porvenir. Es la luz que los grandes hombres y los grandes hechos puedan proyectar sobre nuevos grandes hombres y sobre nuevos grandes hechos. En una palabra, la experiencia que pueda extraer de los escombros del pretérito para su propia lucha con el precario hoy y con el mañana incierto.

Botero Saldarriaga no es un mero explorador de archivos o un paciente compilador de documentos apolillados, como la mayoría de nuestras eminencias de la literatura histórica, sino un escritor brillante que posee el arte de poner ante los ojos del lector la historia en función de futuro. Sin el menor alarde de retórico, sin improvisados recursos ni fáciles artificios, con la sencillez magistral de la prosa que perdura, hace vivir a su personaje —logrando el mismo efecto que en sus anteriores biografías de Córdoba y Bolívar— con sus pasiones y sus virtudes, en medio de sus trabajos y sus luchas como si esos trabajos y luchas no hubieran terminado aún.

Estos libros de Botero Saldarriaga —como ocurre con las mejores biografías modernas respecto de los temas que tratan— nos hacen pensar que la inmensa brega de la independencia no ha terminado para nosotros; que solamente ha cambiado de hombres y de motivos.

Zea es un personaje extraordinariamente sugestivo por una dualidad singular. Pertenece este hombre sutil, simultáneamente a la leyenda y a la historia. Posee esa doble entidad de ser real y de tipo inventado que tienen también muy marcadamente otros personajes de la Gran Colombia como Miranda,

Nariño, Manuelita Sáenz, Mosquera, Obando, Córdoba. "No hay gran poeta sin su leyenda", dijo Santos Chocano. Podría extenderse el concepto: "No hay grande hombre sin ella".

El nombre de Zea nunca se ha olvidado en estos países, pero sus trabajos y sus hechos no son tan conocidos. Sin embargo, en su tiempo no hubo sino dos latinoamericanos que fueran tan conocidos en Europa como él: Bolívar y Miranda. Y acaso, después no ha surgido otro hombre en estos países que haya alcanzado en su tiempo tanta celebridad en el mundo. Zea era miembro de cuarenta academias científicas. Sus artículos literarios y políticos y sus estudios sobre botánica que escribía en la prensa de Madrid o de París eran reproducidos en todas las capitales europeas. En Madrid fué director del Jardín Botánico y cuando España fué invadida por los franceses entró a formar parte del gabinete de José Bonaparte. En París penetró como Pedro por su casa a los círculos más selectos de la inteligencia. Fué el amigo de los sabios, de los estadistas, de los poetas más renombrados. Y fué el huésped de la más rancia aristocracia inglesa.

Hoy a un latinoamericano no le es muy difícil tener grandes relaciones en Europa. Cualquier caballero acaudalado y con buenos modales, cualquier joven audaz con buena ropa, cualquier advenedizo con un poco de personalidad aventurera, se pueden tutear con el lucero del alba en los más altos planos políticos, sociales o artísticos.

Pero en aquellos tiempos para llegar a eso, saliendo de estos países en donde se consideraba que no había sino indios y negros, se necesitaba verdadero genio.

Hoy el ímpetu de la democracia suele llevar muy lejos, y por otra parte, las aristocracias de todos los órdenes se han tornado eclécticas. Pero en aquellos tiempos los círculos sociales, científicos, literarios y políticos eran herméticos.

Miranda y Bolívar consiguieron penetrar a ellos por la personalidad avasalladora de esos caraqueños. Zea también por la personalidad, pero especialmente por su cultura científica y por su esplendidez.

Solía rodearse en todas partes de un tren soberbio. Y sin el atolondramiento de los rastacueros, derrochaba el dinero a manos llenas. Uno de los testigos de su entrada a Madrid, como embajador, citado por el señor Botero Saldariaga, describe así su vehículo: "Bien luego llegó Zea con bastante lucimiento, en su primoroso coche de lujo, acabado de hacer en París, con preciosos jeroglíficos alusivos, llevando su postillón y dos lacayos vestidos muy decentemente, con finos hopos de plumas en el sombrero y vistosos penachos los caballos que tanto lucieron en la entrada".

En Inglaterra, cuando no estaba en Londres, vivía en los hoteles en donde se hospedaban los reyes y los príncipes cuando no en los palacios de las duquesas.

En Londres, fué su gran sentido del desprendimiento, de que debería siempre dar muestras un diplomático, lo que logró disipar la pesada atmósfera de descrédito financiero de Colombia y rodear de gran dignidad el nombre del país. Una tradición, que por cierto se perdió en nuestra cancillería y que ahora —hay que reconocerlo— se propone revivir este gobierno. Porque también hay que convenir en que desde el señor Zea hasta nuestros días, con rarísimas excepciones, los diplomáticos colombianos han sido los peores pagados del mundo, y desde luego los que peor viven, pues si no poseen fortuna personal y mucho desprendimiento, tienen que vivir casi como los menestrales. Con la circunstancia de que algunos de nuestros diplomáticos, además de estar mal pagados, economizan.

El señor Zea le escribía a Bolívar: "Debo anunciar a vuestra excelencia, que yo me propongo gastar mucho dinero, porque estoy empeñado en que mi misión tenga el más completo éxito".

Y gastó el dinero y tuvo un rotundo éxito.

Pero, naturalmente, no se limitó a gastar como un alocado calavera. Su lujo era solamente el marco indispensable en que un diplomático necesita envolver decorosamente su empeño y su tarea de aprovechamiento de los recursos de la nación extraña en beneficio de la propia.

Personalmente Zea era sobrio y austero como un cenobita, como lo demostró en la campaña de Venezuela en donde siguió paso a paso el ejército sufriendo todas las escaseces de la vida militar de los libertadores con profunda abnegación.

Y en Londres, Zea trabajó con sin igual intensidad: hacía una permanente campaña entre comerciantes y banqueros ingleses para hacerles conocer todas las riquezas del país y las formidables posibilidades económicas que aquí podría encontrar el comercio inglés. Escribía continuamente en los diarios ingleses. Expuso un plan para la apertura del canal de Panamá y el proyecto económico para realizarlo mediante un gran empréstito. Ejercía una influencia sobre los grupos parlamentarios. Por medios discretos, pero eficaces, sostenía un hábil asedio ante el gobierno para obtener el reconocimiento de Colombia. Recorría las universidades reclutando hombres de ciencia para enviar a Santa Fe a fundar un colegio de ingenieros. Compraba barcos de guerra y armamentos para el ejército libertador...

Además, como lo hice notar en mi anterior reseña del libro de Botero Saldarriaga, realizaba la tarea ingente de restaurar el crédito de una nación más que desacreditada, encenagada en la balumba de trampas, enredos y actos desprovistos de toda seriedad de algunos comisionados anteriores de la Nueva Granada y Venezuela.

En *La Taberna de Londres*, un grupo de banqueros y miembros del parlamentos, algunos de los comerciantes más importantes de esa ciudad, y miembros de la nobleza, presididos por el duque de Somerset, le ofrecieron un banquete para celebrar el grande éxito de las gestiones de Zea en el acercamiento colombo-británico.

Zea, pues, gastó su dinero y tuvo éxito. Pero también, como parece fatalmente inherente a todas las grandes figuras de la Historia, tuvo también su castigo. Poco después era retirado bochornosamente del servicio de la república.

Botero Saldarriaga hace una defensa magistral de esa actuación de Zea que ha sido tan acerbamente criticada. Nosotros que debiéramos tener como norma: Economía en el interior y generosidad en la diplomacia, la hemos practicado muchas veces al revés. Hemos dilapidado tontamente en provincianos lujos inútiles, en derroches de entre casa, y gastado mucha parquedad en las misiones ante los extraños.

El boato de Zea inquietó a nuestros próceres. No pensaron en los servicios que le estaba prestando a la patria, sino en la vidita regalada que se estaba llevando, y se desató contra él una verdadera ofensiva que encabezaron los mismos Bolívar y Santander. Por medio de notas, oficios y publicaciones en la prensa, le revocaron los poderes, lo destituyeron e improbaron los empréstitos que había celebrado.

"Era el modo de ser de los hombres de la época revolucionaria", comenta el señor Botero Saldarriaga.

La gloria hay que pagarla a precios crueles fatalmente.

ENTERESE Y ESCOJA

Egon Caesar Conte Cori: *Maximiliano y Carlota* . . . . . . ₡ 25.00
Alfredo de Vigny: *Stello*. Novela 2.00
J. Guadalupe de Anda: *Juan del Riel*. Novela 3.75
Frederick T. Lord y otros: *Quimioterapia y seroterapia de la neumonía* 5.00
Edgar Hoover: *Economía geográfica* 8.00
J. Schlumberger: *La paternidad inquieta*. Novela 2.00
José Ma. Roa Bárcena: *Noche al raso*. Historias y anécdotas. Un volumen pasta 3.00
Juan de la Encina: *Goya*. Su mundo histórico y poético 5.00
Bernard Newman: *La nueva Europa* 14.00
Hamilton-Hay-Madison: *El Federalista* 10.00
Dr. Cristian Cortés Lladó: *La insuficiencia cardíaca*. Un vol. pasta 5.00
L'Sterne: *Viaje sentimental*. Novela 2.00
Willa S. Cather: *Una dama perdida*. Novela 4.00
A. Petre: *Introducción al estudio de Grecia* 6.50
Dr. Antonio Peyri: *Dermatología* 6.00
J. Guadalupe Ande: *Los Cristeros*. Novela 4.00
Richard Aldington: *Wellington* . . 15.00
Faulkner-Kepner-Bartlett: *Vida del pueblo norteamericano* 9.00
Adolfo Sturmhal: *La tragedia del movimiento obrero* 12.00
Prof. Mariano L. Coronado: *Introducción a la Higiene Mental*. Un vol. pasta 6.00
Dashiell Hammett: *La llave de cristal*. Novela 4.00
Ricardo Palma: *La monja de la llave*. Historias de amor. Un vol. pasta 4.00
Antonio Caso: *Positivismo, neopositivismo y fenomenología* $ 2.75
Conde Alfred de Vigny: *Laura*. Narraciones militares . . . . . . ₡ 2.00
Eduardo Arcila Farías: *Economía colonial de Venezuela* 16.00
Pedro Henríquez Ureña: *Historia de la Literatura de la América Hispánica* 9.00
Rodolfo Usigli: *Corona de sombra*. Tragedia 10.50
Juan Luis Vives: *Concordia y Discordia*. Un vol. pasta 15.00
Johann Gustav Droysen: *Alejandro Magno* 18.00

Calcule el dólar a $ 5 y entiéndase con el Administrador del Repertorio Americano.

REPERTORIO AMERICANO

EDITOR
J. García Monge
Teléfono 3754
Correos: Letra X
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — **José Martí.**

..."y concebí una federación de ideas," — **E. Mía de Hostos.**

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

EL DR. RAFAEL ANGEL GRILLO

(Envío del autor)

A los hombres mediocres que brillan un instante es preciso tributarles pronto los póstumos honores, antes de que se borren de la memoria de las gentes. Los varones inmortales pueden aguardar siglos la justicia de la historia y la gratitud del género humano.

El doctor Rafael Angel Grillo dió el ejemplo de una fe profunda y sincera. Se dedicó a la medicina y ejerció su oficio como un apostolado. Así, sencillamente, como un apostolado. En su trato bondadoso y afable, sin menoscabo de la dignidad de su cargo; en la madurez de sus resoluciones y consejos, y en aquella carencia de hiel que lo distinguía, se reflejaba lo hermoso y sereno de su alma. Grande alma de luz la suya.

Puro e inmaculado en sus costumbres. Jamás pensamiento pequeño le cupo en la mente, ni proyecto ruín en la voluntad, ni afecto mezquino en el corazón. Jamás cedió a seducciones, ni a halagos, ni a amenazas cuando la conciencia o la dignidad estaban de por medio.

La voluntad de este varón ilustre no era semejante al hierro fundido que se quiebra sin doblegarse nunca, sino a fina hoja de acero toledano que cede pero que jamás se rompe.

Sensible a todo cuanto los hombres vulgares no sienten; insensible a cuanto impresiona al común de las gentes, aborrecía la adulación; miraba con odio el disimulo; no se impresionaba con el dolor que alborota y se muestra; y en cambio, apreciaba una atención imperceptible, se dejaba desarmar con la franqueza, lloraba sobre los infortunios escondidos.

En la vida social, se apreciaba el poder sugestivo de su talento, el señorío de su porte, la conducta limpia y serena del hombre bien nacido, que alternaba con igual dulzura y modestia con los altos dignatarios y con los trabajadores.

Al Doctor Grillo se le lisonjeaba con el cumplimiento del deber; juzgaba rectamente a cualquiera que por primera vez se le acercase y jamás se le vió errar en su juicio.

En momentos de desahogo y descanso, trataba muy familiarmente a quienes lo acompañábamos; sazonaba la conversación con inocentes burlas, y sin embargo, jamás dejaba acortar la distancia que mediaba entre él y los demás. Todos le hablábamos con filial confianza; le respetábamos y temblábamos de disgustarlo en lo más mínimo.

La crisis de hombres que padecemos, hacía que se destacara con mayores relieves la fisonomía espiritual del Doctor Grillo.

A su paso por el Congreso de la República, donde desempeñó la alta y delicada posición de Presidente, dejó sembradas semillas que ahora están fructificando en el corazón de la República. Y en la prensa, cuando ocupaba sus columnas, marcaba rumbos en las borrascas y en las tormentas de la política.

Esas fueron las virtudes principales, las que le dieron autoridad moral para pronunciarse en los asuntos del país y en los de América.

Estos aspectos de su existencia no son comunes en un medio como el nuestro, donde muchos de los que valen algo se vuelven soberbios cuando llegan al poder, y otros, que no valen nada, descubren ante los demás su alma de lacayo.

Es esta la columna miliaria del *Repertorio Americano.*

En ella inscribimos los nombres de los suscritores y amigos que por años, hasta el final de sus días, lo recibieron y lo estimaron. ¡Ricos de espíritu fueron!

Es necesario recoger temprano la herencia de los valores insignes y vaciarla, como el metal más puro y precioso, en un molde que la inmortalice. Así no morirá tan pronto; así tendremos la dicha de conservarla. Así la guardaremos en cofre de incomparables tesoros que resistan el peso de la Historia Patria.

Si el Doctor Grillo ha muerto, su obra permanece, no se extingue su memoria; nos quedan sus gloriosos ejemplos.

Carlos Fernández Mora.

Costa Rica, 1947.

La Editorial LOSADA se anuncia con estas obras

Bernard Shaw: *Guía política de nuestro tiempo.*
Presenta con claridad y con agudeza los problemas políticos y económicos actuales.

Philipp Frank: *Entre la Física y la Filosofía.*
En la Biblioteca Teoría e Historia de las Ciencias.

F. Sherwood Taylor: *Breve Historia de la Ciencia.*

Varios autores: *La Escuela laica.*
Contiene trabajos de los más destacados escritores franceses e hispanoamericanos que han tratado el tema de la escuela laica.

Julio Navarro Monzó: *El destino de América.*
Ensayos representativos, de lo mejor.

Galileo Galilei: *Diálogos acerca de dos nuevas Ciencias.*
Esta es la obra maestra de Galileo. Es la primera traducción castellana.

Carlos Vaz Ferreira: *Sobre feminismo.*
Distinción entre dos teorías que podrían llamarse "feminismo de igualamiento" y "feminismo de compensación".

Werner Jaeger: *Aristóteles.* Bases para la historia de su desarrollo intelectual. Traducción del Dr. José Gaos.

Ferdinand de Saussure: *Curso de Lingüística general.*
Traducción, prólogo y notas de Amado Alonso.

Rudolf von Jhering: *La Dogmática Jurídica.*

José Ingenieros: *Sociología Argentina.* Notas de Aníbal Ponce.

José Ingenieros: *Principios de Psicología.*

Ernesto Meumann: *Pedagogía experimental.*
El desarrollo psicológico del niño y los métodos de su estudio; el trabajo escolar y el problema de aprender y enseñar; la metodología y la didáctica de las diversas materias de enseñanza, así como la labor y actitud del maestro.

Luisa Sofovich: *Historias de Ciervos.* Atención de la autora.

Marta Brunet: *Humo hacia el Sur.* Novela. Atención de la autora.

María Teresa León: *El gran amor de Gustavo Bécquer* (Una vida pobre y apasionada). Atención de la autora.

Hans Kelsen: *La paz por medio del Derecho.* Traducción directa de Luis Echávarri.

Rolando-Manuel: Manuel de Falla.
("Quedaba reservado a Manuel de Falla, el realizar lentamente, pero en su plenitud, el *renacimiento* de la música española").

Señas: Alsina 1131. Buenos Aires, Rep. Argentina.